VIAJE A YUCATAN

A FINES DE 1886.

RELACIÓN ESCRITA CON EL TÍTULO :

"Ma derniére expédition au Yucatan"

POR

M. DÉSIRÉ CHARNAY,

traducida y anotada

POR

Francisco Cantón Rosado.

MÉRIDA.

IMP. DE LA REVISTA DE MÉRIDA.

2ª calle de los Rosados, núm. 10.

1888.

MI ULTIMA EXPEDICION A YUCATAN.

I.

Lepán.—Un mayordomo modelo.—Jardines.—Escuelas.—Mucuiché.—Ferrocarriles Decauville.—Corral de vacas.—En Ticul.—Naranjos enormes.—Vasos y estatuas.—Bejuco de aguja.—Colección de hachas yucatecas.

De nuevo llevo á mis lectores á Yucatán y no sé si me perdonarán, porque es la cuarta vez que esto sucede; sin embargo, ¿no se lee varias veces el mismo libro? ¡Cuántas bellezas que en la primera lectura se han escapado á vuestra penetración, os sorprenden y admiran en la segunda ó tercera! Una comarca, que ofrece campo mucho más vasto, ha de proporcionar naturalmente más sor-

presas y eso me aconteció en mi última exploración.

En la historia de las civilizaciones americanas que he publicado, observé que faltaban en Yucatán las huellas de una época desconocida (por más que fuera la más moderna), de una tercera época, la última, época de decadencia de que nos hablan los historiadores.

La cuestión valía la pena; me era menester esa época y fuí á buscarla. Había sabido además por el obispo Landa, que cierta pirámide de Izamal tenía unos bajo-relieves en los muros de sus explanadas y yo quería encontrar esos bajo-relieves, sacar sus moldes y traerlos al Trocadero. Partí, pues, con destino á Izamal, que había elegido como la primera estación de mi viaje; pero ¿á quién no le gusta hacer novillos? Por todas partes se va á Roma y yo fuí primero al Sur, en busca de nuevos documentos.

El ferrocarril de Peto que, cuatro años antes, me conducia á Acanceh, me llevará hoy hasta Lepán, á cinco kilométros más de distancia; es una marcha muy lenta, y se pregunta con inquietud cuantos siglos se necesitarán para llegar á Bacalar que, según dicen, ha de ser el término de la vía.

Lepán es una haciendita sin pretensiones, pero con una circunstancia tan notable, que no puedo menos de manifestar ante todo mi sorpresa y admiración: en vez de un mayordomo indio ó mestizo que le reciba á uno más ó menos bien, según las órdenes que ha recibido y las provisiones de que dispone, encuentro á un hombre encantador, que me recibe en una casa modesta donde nada falta y en que la señora mayordoma nos hace servir una comida que vale por todas las de Mérida. Es una hacienda de henequén, como todas las del centro y alrededores de Mérida; pero tiene magníficos jardines, y en ellos,

gracias al agua que distribuyen numerosos y pequeños canales, se goza de un fresco delicioso á la sombra de la magnífica vegetación de los trópicos; ¡y qué ricos productos! ¡y cómo se nota en ellos la mano de un hombre inteligente! Al lado de un huerto en que crecen todas las legumbres de Europa, coles, rábanos, lechugas etc., se encuentra un campo plantado de cañas y de plátanos; luego se penetra á un verdadero bosque de árboles frutales: zapotes, guanábanas, limones dulces, pamplemusas y naranjos, entre los cuales descuellan los soberbios cocoteros. ¡Y qué rendimiento! ¡Cuántos frutos! Los naranjos, limoneros y pamplemusas parecen cargados de oro y los cocoteros de múltiplos racimos producen anualmente, según me dijeron, cerca de cuatrocientos cocos. Sin embargo, lo que más me admira de mi huésped, no es su amabilidad ni su comida, ni sus jardines: es su filantropía, su abne-

gación. En esa localidad aislada, en que el gobierno no puede sostener una escuela, el mayordomo se ha encargado de ésta: ha reunido á los niños indios y mestizos de la hacienda, y los recibe dos veces al día en una de las piezas de su vivienda, convertida en escuela; allí ayudado por su hija, les enseña la lectura, la escritura, el cálculo, la moral y algo de historia.

Ahí estaba yo cuando llegaron los niños y quedé completamente sorprendido; comparados con otros, aquellos niños habían sufrido una trasformación. Su aspecto era despejado é inteligente; la propiedad escrupulosa de su traje indicaba bienestar y su fisonomía estaba iluminada por la dicha. ¡Bravo, señor mayordomo!, y si cito vuestro ejemplo, es porque es raro.

Mucuiché, donde me detuve el día siguiente, es una de las más hermosas haciendas del Estado; los diferentes cuerpos del edificio destinado pa-

ra habitación ocupan un vasto espacio y están todos precedidos y rodeados por grandes galerías de arcos moriscos del más brillante efecto. Tomé copia fotográfica de una de éstas, para la cual se sirvieron colocarse convenientemente el capellán y el cura de Abalá, que es un pueblecillo próximo.

La gran plaza plantada de viejos árboles, que precede á la hacienda, los inmensos patios, la gran escalera, las explanadas, los terrenos, la capilla y los jardines dan á esta morada un aire señorial; dos cenotes, uno de ellos al aire libre y con muros perpendiculares y el otro en forma de gruta, suministran agua en abundancia á los habitantes.

En otro tiempo, antes de la extensión que recientemente ha alcanzado el cultivo del henequén, la hacienda, como otras muchas, casi no se ocupaba más que en la producción del maíz para alimento de los indios y en la cría de ganados: por eso es que

tiene grandes corrales, ó sea patios cercados, plantados de árboles y provistos de grandes abrevaderos, surtidos por norias y llenos siempre de agua, á los cuales venían las bestias sedientas á calmar su sed; saqué una fotografía que representa perfectamente el aspecto de un corral, con el ganado rumiando tranquilamente, los árboles que le prestan sombra y las chozas de indios que lo rodean. Como la comarca carece de pasto, las mulas, caballos y vacas andan errantes hasta á distancias considerables buscando en el monte las ramas secas de los árboles. La abundancia, que reina apenas en la estación de las lluvias, se convierte con frecuencia en escasez durante la época de sequía y cuando la langosta viene, como en los últimos años, á disputar á las pobres bestias el escaso follaje de los ya secos arbustos, estas infelices siembran con sus cadáveres éticos la soledad de los campos.

Por lo demás, es inútil ocuparse en los rebaños más que para recoger de vez en cuando un becerro nacido por casualidad entre la maleza ó para proteger á las bestias pequeñas contra los jaguares, tarea que perfectamente puede desempeñar un hombre solo; en cuanto á las adultas, vuelven siempre á la hacienda por más que de ella se alejen. Antiguamente se mantenían en los estanques ranas bramadoras (ranas–toros), cuya voz formidable se escuchaba á más de una legua de distancia y de la cual se creía que llamaba al redil á las bestias extraviadas; era un error: el instinto y la sed guíaban al ganado, que, regularmente y conforme á sus necesidades, regresaba á la hacienda. Todavía me acuerdo de aquellas enormes ranas, algunas de las cuales medían hasta veinte y siete centímetros de largo; flotaban en la superficie del agua como una boya informe y, con su cuerpo hinchado, su piel cubierta

de una vegetación musgosa y sus ojos grandes y saltones, parecían monstruos antidiluvianos.

Esto pasaba en tiempos remotos, pues, gracias á Dios, Yucatán progresa y adelanta; el silbido de la máquina de vapor ha reemplazado al bramido de la rana, la industria henequenera comunica su actividad á la vida indolente del indio y los carros, tirados por bueyes, que hasta hace poco iban con paso lento á recoger el textil en los campos, han sido sustituidos por ligeros wagones, tirados por mulas, que corren rápidamente sobre rieles Decauville, cargados con las rígidas hojas del agave, que sin cesar devoran las máquinas de explotación.

Prosigo mi viaje y llego á Ticul donde me encuentro con mis antiguos amigos Fajardo y el doctor Palma; este había coleccionado en mi obsequio algunos vasos preciosos, uno de los cuales, lleno de relieves é inscripciones, es bastante raro; el primero

me ofreció una estatua procedente de los edificios arruinados de Nohpat. La estatua representa á un dios cuyo nombre ignoro y es un ídolo horrible y grotesco á la vez, como todos los de América; mas por la circustancia de hallarse entera y de tener una especie de espiga, nos presenta acabado ejemplo de las figuras que, á lo que parece, sembraban al acaso los arquitectos en las fachadas de sus edificios; se la podría comparar, en proporción, con el dios *Bes* del antiguo Egipto, al cual se asemeja, y quizá es solamente una caricatura como él.

En el jardín de Fajardo hallé una nueva confirmación de lo que había yo advertido en Palenque respecto de las capas concéntricas que anualmente se forman en los árboles de los países cálidos. Observo, en efecto, enormes naranjos, que tenían seis meses y sólo un metro de altura cuando los ví en 1882; de cuatro años á acá, día por día, todos han desarro-

llado de una manera tan extraordinaria, que el tronco de uno de ellos mide veinte y cinco centímetros de diámetro y su copa es la de un roble que tiene ya treinta años; y ésto, á pesar de que la madera del naranjo es muy dura y su crecimiento, de los menos rápidos. No pude cortar el árbol referido para asegurarme del número de sus capas concéntricas, pero no es de suponerse que en semejante diámetro tenga únicamente cinco; debe tener indudablemente veinte y cinco ó treinta. Este descubrimiento, cuya propiedad reclamo, ha sido igualmente confirmado por varios estudios hechos en vegetales de Cayena, habiendo pretendido M. Paul Bert presentármelo como nuevo. Otro descubrimiento interesante también para los botánicos: me refiero á un bejuco encontrado por mí en los alrededores de Ticul y Tekax y llamado por los habitantes *bejuco de aguja*, el cual tiene la propiedad

de que, cuando se le corta, dirige hacia el norte el extremo de la parte que permanece colgada. A primera vista el fenómeno parece muy extraño, pero, como todas las cosas, es meramente natural. Hé aquí la explicación que le doy: sucede con los bejucos lo mismo que con los árboles; no me refiero á los que crecen en espiral, sino á los de tallo recto que, después de haber trepádo á la altura de los vegetales que le sirven de apoyo, dejan caer largos filamentos designados en México con el nombre de *bejuco*. En estos últimos, como en los árboles y en todos los vegetales en general, el centro ó el punto concéntrico de los diversos círculos que forman las capas sucesivas de crecimiento, se encuentra siempre más próximo á la corteza por el lado que mira al norte que por el que mira al sur, de modo que un viajero extraviado en un bosque podría fácilmente orientarse cortando una de sus ramas. ¿Y qué es lo que

sucede? Que una vez cortado, el pedazo del bejuco que queda colgante, se contrae; pero la contracción es más sensible y violenta por el lado en que la capa es más delgada y, en consecuencia, el pedazo se levanta hacia el norte. El asunto es digno de examen y espero recibir muy pronto tallos de este bejuco para el Jardín de Plantas.

No es eso todo: en casa de un aficionado encontré una magnífica colección de ochenta hachas yucatecas, la mayor parte de las cuales venía de la isla de Cozumel; pero eso no era un regalo, pues se trataba de una negociación entre arqueólogos, en la cual uno quería conservar su tesoro y el otro privarlo de él. Mi hombre estimaba en alto precio sus armas antiguas y yo, pensando en que nuestro museo del Trocadero sólo poseía algunos raros ejemplares de estos antiguos recuerdos y regocijándome de antemano á la vista de la hermosa vi-

diera que en aquél podríamos organizar, abandoné toda diplomacia, toda prudencia, y dí por la colección el precio que se me pedía; sin embargo, creí haber hecho un buen negocio. Además, esas hachas me parecían doblemente preciosas, tanto desde el punto de vista arqueológico como desde el mineralógico.

En tiempo de la conquista, la isla de Cozumel estaba muy poblada, muy civilizada y llena de monumentos. Era uno de los más célebres lugares de peregrinación y se iba á él desde muy lejanas tierras para ofrecer en sus santuarios presentes y sacrificios.

¿Debemos atribuir un origen piadoso á las hachas referidas? ¿Son ofrendas de los fieles que acudían á Cozumel de diferentes puntos, como parece por la diversidad de formas ó de materias con que están construidas? ¿O bien debemos considerarlas como herramientas y armas de los habitantes de la isla?

Las dos suposiciones son admisibles; pero de todas maneras esas piedras venían de sitios distantes, pues no siendo la península más que un extenso banco calcáreo, no podía suministrar á sus habitantes, en materia de hachas, ni instrumentos de trabajo ni armas de guerra. Tenían, por consiguiente, que ir á buscarlas fuera de su territorio ó que hacerse de ellas por permuta en las poblaciones próximas. Así, sabemos que el cobre les venía de México y las hachas y cuchillos de obsidiana, de México ó Guatemala.

Además, los yucatecos podían enviar personas que recogieran por sí mismas las piedras en los torrentes de Chiapas y del Petén, y lo que me lo hace suponer, es que varias de esas hachas provienen, según las apariencias, de cantos rodados. Algunas me parecen absolutamente distintas de las conocidas generalmente, las cuales pertenecen á la época de la piedra ta-

jada ó á de la piedra pulida. Así, la primera y la segunda que aparecen en la primera línea de nuestro grabado (*) representan verdaderos cantos rodados, cuya extremidad más propia se ha elegido para pulir y emplear como filo. Respecto de la segunda, parece que apenas ha sido tocada, y en ninguna de ellas se nota el menor rastro de brillo; únicamente muestran ambas el deterioro natural que ha producido el frotamiento de las piedras entre sí al rodar por los torrentes. En la tercera de la fila primera este deterioro es más evidente aún á consecuencia del contraste que forma con el lustre y tersura de la parte cortante del arma. En cuanto á la tercera de la segunda línea, aunque está mejor labrada, creo que pertenece á la misma

(*) La falta en Mérida de elementos suficientes nos priva de ofrecer á nuestros lectores las láminas que acompañan á la edición francesa de esta obra.

categoría. Por lo demás, era muy fácil distinguir estos modelos de una magnífica hacha labrada y pulida en sus cuatro faces que formaba parte de la misma colección.

La segunda de la segunda fila representa una hacha muy notable; ha sido labrada en el espesor de un gran caracol, el *Busycon perversum* ó el *Strombus gigas*, que se encuentra en las costas de la península. Esta hacha es la única en su especie que he visto en Yucatán ó en México y debe corresponder á una época mucho más lejana que la de las hachas de piedra.

Las hachas de caracol son tan raras en los Estados Unidos como en Yucatán y el museo de Washington sólo posee dos muestras, muy hermosas por cierto, halladas en los *mounds* de la Florida y de Kentucky. No había yo perdido mi tiempo.

II.

Regreso á Izamal.—Proyectos.—Mi instalación.—Convento situado sobre la pirámide Ppapp-hol-chac.—La pirámide Kabul.— Rectificación.— Primeros trabajos.— Descubrimientos.—Los bajo-relieves.—Restauración de un templo.

Pasemos ahora de una vez á la ciudad de Izamal; en tiempos pasados, he publicado vistas interesantes de ella: la plaza en un día de mercado, la gran pirámide cuya base mide 207 metros por un lado y 190 por el otro, una gran figura, etc. He hablado de la ciudad moderna y algo también de la antigua, pero no había inventariado sus pirámides; tampoco me había ocupado en hacer excavaciones, porque, sobre carecer entonces del tiempo necesario para ellas, juzgaba inútil este trabajo por estar arruinadas las pirámides y por haber desaparecido totalmente los monumentos

que las coronaban. Pero el citado pasaje de Landa me había puesto en la cabeza grandes proyectos; pensaba establecerme en Izamal durante la mayor parte de la seca y había llevado muchos instrumentos para las excavaciones y enormes rollos de papel para los moldajes. Me hacia falta una habitación y la busqué. Mi buena suerte quiso que no la encontrase, pues con la casa me hubiera sido necesario tener criado, cocinera ó en una palabra, tener ajuar, cuyo establecimiento me hubiera sido muy costoso y que me hubiera visto precisado á ajustar en pocos días.

Tenía afortunadamente una carta circular del Obispo de Mérida para los curas de su diócesis; el Ilustrísimo Señor Don Crescencio Carrillo y Ancona, á quien había conocido en mi último viaje, es un hombre encantador, muy joven todavía y muy sabio. Su carta, que presenté al cura de Izamal, hizo maravillas, pues este

me ofreció hospitalidad en el viejo convento. Este convento ya no tiene monjes y sirve de habitación al cura; es inmenso y, aunque medio arruinado, tiene aún una multitud de aposentos vacíos que pueden dar abrigo á numerosos peregrinos. Debió ser en su tiempo un edificio admirable, á juzgar por sus ruinas macizas y soberbias. Colocado en alto sobre un inmenso terraplén, se sube á él por medio de anchas escaleras divididas en tres partes. Se compone de una iglesia grande y hermosa, una capilla contigua, otra situada detrás de la anterior, en que se halla la célebre y milagrosa Virgen de Izamal, una amplia sacristía, un claustro de dos pisos y de gruesas paredes, celdas, jardines y un patio de más de cien metros por lado, plantado de naranjos y rodeado de pórticos. El cura puso á mi disposición dos piezas, de las cuales una daba al claustro y otra al patio. Este patio me recor-

daba con sus amenos sitios los grandes patios de las mezquitas árabes, y de ellos procedía seguramente por ilación. Mas ¡qué abandono, qué tristeza hay en su inmensidad, siempre desierta! Tan sólo en la mañana, con motivo de la misa de siete, lo atravesaban oblícuamente algunos fieles, seguidos por la bulliciosa turba de los estudiantes de catecismo; en el resto del día, ni un ruido venía á romper el silencio imponente de aquel sitio y nadie, más que un viejo caballo y yo, iba allí á buscar esparcimiento.

Por de pronto, sorprende la enorme construcción como si fuera trabajo de gigante; pero cesa la admiración cuando se sabe que los españoles no hicieron más que utilizar la gran pirámide india que hoy sirve de base al convento. Esta se hallaba en frente de la pirámide Kinich-Kakmó, con dimensiones evidentemente iguales; se llamaba entonces *Ppapp-hol-*

chac, (casa de las cabezas y de los relámpagos) y era la vivienda de los sacerdotes.

Me instalé, pues, allí, en un lugar doblemente sagrado, pues ocupaba la celda de un monje y quizá el propio sitio en que durante siglos enteros se habian sucedido numerosas generaciones de *ahkin* ó sacerdotes mayas.

Pero no me bastaba con estar alojado; me era preciso vivir, y en casa de Don Pedro Bautista encontré una mesa tan buena como era posible y además, la mejor voluntad del mundo. ¿Podría ser de otro modo? Es evidente que no, pues D. Pedro me reconoció como francmasón, que lo soy aunque tibio, y precisamente mi huésped acababa de fundar en Izamal una logia llamada Victor Hugo, de la cual era venerable. No sin escrúpulo acepté, empero, aquella cocina comprometedora, pues no se puede servir á la vez á dos señores y si es verdad que me hospedaba en el cielo,

iba á comer al infierno. Pensé en esto tanto más cuanto que me parecía que la hermana del excelente cura no había visto con buenos ojos mi entrada al convento; fanática por convicción y desconfiada por temperamento, creía ver un hereje en cada extranjero, y por eso me puso mala cara desde que tuvo noticia de mis amistades.

Sucede en Izamal, como en todas partes, que está declarada la guerra entre el elemento civil y el religioso; la escuela laica y obligatoria se levanta llena al lado de la escuela libre, casi vacía; y el clero de México, despojado de sus bienes y del sueldo oficial, se ve reducido á vivir de sus entradas eventuales, por lo cual se encuentra muy indignado; de suerte que, sin alistarme yo en partido alguno, la anciana señora me ponía instintivamente al lado de sus enemigos; no tenía absolutamente razón y yo no perdoné medio alguno para alcanzar su favor.

Permaneció sin embargo, insensible á mi cortesanía y á mis sonrisas, y mi presencia en el templo el domingo para escuchar los cantos no logró conmoverla; fría y malévola, asistía á mis entrevistas con su digno hermano y no templó su enojo ni un minuto. Además, probablemente me culpaba de los pecados ajenos, como si fuera yo su agente secreto. Valerio, mi criado, era un *dandy* maya, buen muchacho á fe mía, y que según sospecho, había entrado en relaciones con el personal femenino de la casa. Pues bien, eso había aumentado mi pasivo en el ánimo de la excelente ama de gobierno, cuyas penetrantes miradas me decían claramente que me consideraba responsable de las faltas de Valerio; con ese motivo, cuando á mi vuelta pasé por allí, nos alojó, como á verdaderos apestados, en un cuartito hediondo, situado á más de cien metros de la casa.

Renuncié, pues, á mi propósito de agradar á mi vieja enemiga; por otra parte, mis trabajos me tenían durante todo el día lejos de su vecindad. Comencé lleno de esperanzas estos trabajos, que no me dieron precisamente lo que esperaba, pues no encontré todos los bajo-relieves de Landa; pero, en cambio, descubrí pinturas preciosísimas de que éste no habla, y consideré que era muy suficiente la compensación. Empecé por hacer el inventario de las pirámides, cuyo número fija Landa en doce, mientras que Lizana sólo cuenta cinco; yo descubrí una veintena, entre grandes y pequeñas, y algunas de ellas considerables, pero completamente arruinadas.

La que escogí para mis trabajos, se llamaba antiguamente Kab-ul, pero aquí es preciso hacer una rectificación. En mi obra *Las Antiguas Ciudades del Nuevo Mundo*, página 261, cometí un error. Confundí las dos

pirámides Izmat-ul y Kab-ul, haciendo de ambas una sola, porque Lizana, á quien yo empleaba como guía, no es muy claro; le comprendí mal y describí el monumento con el nombre de Humpictok, otra pirámide que se encuentra más al sur, al otro lado de la pequeña plaza de Izamal, denominada *El Parque.*

Kabul se halla, pues, al oeste de la gran plaza de Izamal; este nombre significa en maya "la mano trabajadora, la mano milagrosa," pues el rey ó dios á quien este templo estaba consagrado, curaba á los enfermos ó los resucitaba tocándolos con la mano. Hemos creido que se puede identificar á este dios con Hueman el de las manos largas, el gran jefe, el legislador de Tula, que, en el sentir de muchos historiadores, fué el mismo Quetzalcoatl, á quien encontramos de nuevo en Yucatán con el nombre de Cuculcán ó Kukulcán.

El aspecto de esta pirámide ha cam-

biado mucho desde mi última expedición: la gran figura que adornaba la base de la fachada oriental está destruida; el muro de la parte sur se ha desplomado, arrastrando consigo el hermoso mascarón dibujado por Stephens y la fachada occidental, en cuya parte superior se hallaban los bajo–relieves cuyos moldes iba yo á sacar, está espantosamente arruinada. ¡Cuánta mudanza en tan pocos años! Es que cada uno destruye por destruir, sin preocuparse del pasado, y que los habitantes de la ciudad, que son los que debieran apreciar más estas reliquias, son los que las tienen en menos.

En esta pirámide, lo mismo que en otras, se habían hecho excavaciones, no por amor á la ciencia, sino para dar más amplitud á un patio ó para procurarse materiales. Se hicieron en ella singulares descubrimientos. Ultimamente, un habitante cuya propiedad está contigua á la fachada oriental,

queriendo extender su posesión por ese lado, destruyó una parte de la primera explanada y encontró dos trabucos españoles del siglo XVI; estas dos armas antiguas estaban colocadas con el cañón hacia abajo y la culata al aire. Es más que probable que hayan sido quitadas á los soldados de Francisco de Montejo en su primera expedición de 1527. Montejo se había apoderado de Chichén-Itzá, que ocupó durante dos años y que se vió obligado á abandonar después de haber perdido las dos terceras partes de su efectivo. Estas armas, despojos de los españoles vencidos y trofeo de los mayas vencedores, fueron enterradas evidentemente por éstos en la base del templo como una ofrenda á los dioses en señal de reconocimiento por las victorias alcanzadas sobre los invasores. Esto venía á confirmar nuevamente la existencia, ya comprobada, de la ciudad de Izamal en tiempo de la conquista.

Hé aquí otro descubrimiento: hace algunos años, cuando Don Pedro Bautísta, mi huésped, se ocupaba en extraer materiales de la pirámide Hunpictok, apareció un cofre de piedra de un metro poco más ó menos de largo por 50 centímetros de ancho, en el cual encontró aquel señor cinco platos oblongos de 30 por 20 centímetros, con las orillas levantadas á una altura de 5 centímetros, hechos de tierra roja muy fina y sostenidos por cuatro ruedas construidas igualmente de tierra cocida; vasijas que, según D. Pedro, se parecían á nuestros modernos anafes. Había además en el mismo cofre (que era sin duda funerario) collares de piedras finas y cuchillos de obsidiana.

Aquellos platos nos recuerdan los que servían de escalfadores en la mesa de Moctezuma; nos dicen también que mi descubrimiento de pequeños carromatos en Tenepanco no es un hecho aislado y nos prueban una vez

más que los civilizadores americanos conocían la rueda y debían emplear carros ó carretones arrastrados por hombres en sus sólidos caminos. ¿Qué se hizo de estos escalfadores con ruedas? Fueron remitidos á Mérida, dos de ellos al Obispo de entonces, Don José María Guerra; en vano procuré recoger informes acerca de ellos: no pude dar con sus huellas.

Vuelvo á mi pirámide: se compone también de dos amplias explanadas muy bajas y de dos mesetas de paredes perpendiculares, la inferior de las cuales mide 41 metros de largo por 21 de ancho y la superior, 36 por 16. Los muros de estas mesetas se dividen en frisos y cornisas, según observé más tarde; por de pronto, se trataba de descubrir el piso de la parte superior, donde se encontraban los bajo–relieves, de los que aun se advertían algunos fragmentos. Eran los bajo--relieves designados por Landa.

El jefe político, ó prefecto de Izamal había tenido la amabilidad de poner algunos indios á mi disposición y hacia fines de Enero tenía yo trabajando unos veinte hombres. Avanzamos con bastante rapidez y llegamos al bajo--relieve, que se halla en el extremo occidental de la pirámide. Fué necesario para despejarlo, romper dos paredes que separaban unas propiedades de otras y bajo las cuales continuaba la línea de los bajos relieves. Por ahí desembocamos en el costado norte, que sólo ofrece á la vista un gigantesco montón de piedras y de escombros y en el cual comenzamos inmediatamente nuestros trabajos; era la única parte de la pirámide que nunca había sido tocada. Se consideraba virgen ese lado y en él esperábamos hacer nuestros más hermosos descubrimientos. Pero un día entero de trabajo vino á mostrarnos lo vano de nuestras esperanzas. La línea de los relieves se detenía

allí; en vano proseguíamos bajo los pedruscos acumulados: nada había ya; muro, friso y cornisa habían desaparecido por completo. Toda esa ornamentación tan extraordinaria había sido destruida probablemente en los primeros tiempos de la conquista, pues no se conservaba de ella el menor recuerdo.

Es preciso confesar que aquel fué un cruel desengaño; calculaba yo encontrar cincuenta metros, por lo menos, de esos bajo-relieves y realmente, apenas me quedaban diez metros cuadrados, de los más preciosos ciertamente, puesto que son los únicos que existen en la actualidad. En todas las ciudades que anteriormente he visitado no existe ya nada semejante, y era tiempo de recoger ese último ejemplo de una ornamentación que ha desaparecido para siempre.

Saqué, pues, con la mayor dificultad, los moldes del alto relieve men-

cionado, atendida la profundidad del hueco, y no sé ciertamente si mis fuerzas me hubieran permitido tomar los moldes que pensaba hacer, pues los indios, con los cuales contaba, sólo me prestaron un auxilio insignificante. Y como no consistía todo en formar los moldes, fué necesario arrancarlos, operación que duró tres días; el papel, que había yo tenido que prodigar en capas muy gruesas, se había endurecido y contraído de tal suerte, que al arrancarlo, arrancamos con él una parte de la mampostería.

Este bajo-relieve representa á un hombre tendido á cuatro piés: los codos y los brazos reposan, al parecer, en un cojín y el vientre se apoya en un plato ó bandeja, mientras que las rodillas descansan en el suelo. La cabeza, algo mutilada, está coronada por un peinado en forma de tiara y el cuello está cubierto con un adorno que imita un nudo de corbata. Este

mismo nudo se halla en ciertas estatuas de tierra cocida de México y de Zapotecapán; y, cosa singular, he encontrado en mis excavaciones, á algunos metros más de distancia, un adorno de cobre que semeja un nudo y es muy parecido al de nuestro personaje. Llevaba en la espalda, según me dijo el director de la escuela pública que lo ha visto, á otra persona con cabeza de mochuelo. Cuerpo y cabeza han desaparecido y sólo queda la cola en forma de abanico, la cual recuerda el modo con que los indios Haidah de la isla de la Reina Carlota se dibujan en la piel la cola de un cuervo ó de una águila. (*) Hay otros muchos puntos de semejanza entre los Haidahs y los civiliza-

---

* *Smithsonian contribution to knowledge.* The Haidah Indians of Queen Charlotte's islands, British Columbia, with a brief description of their carvings tattoo designs. By James Swan. Washington territory. (Plancha 3, figura 9, y plancha 6, figura 11.)

dores de México y más tarde tendremos que indicarlos. Nuestro personaje está rodeado de figuras extrañas, algunas de ellas en forma de voluta, de un relieve alto, y cuya significación nos es desconocida.

Este paño está pintado, lo mismo que toda la pirámide: la figura del hombre, de rojo, el peinado, de azul y amarillo, el cuerpo, del color oscuro de la piel india y los adornos que lo rodean, de azul, amarillo y rojo.

III.

Descubrimiento de una escalera.—Una pared pintada.—Ensayo de restauración.—De la policromia entre los antiguos.—Literatura, fábula maya.—Ruinas de Tecoh, antigua residencia de los Cheles.—Una aguada.—Inundación de pulgas.—Cenote de Uaymа.

Conservé á mis trabajadores y desconsolado por no haber descubierto más que este gran cuadro y no teniendo ya nada qué esperar del piso

superior, me dediqué al de abajo, que sostiene la tercera explanada.

No había allí más que un cúmulo de piedras y escombros; comenzamos por el sur, en donde, á 3 metros del extremo de la pirámide, se veía una débil depresión. Muy pronto descubrimos la línea de remate de una cornisa compuesta de gruesas piedras, que debía coronar el friso y después una solución de continuidad en la cual descubrimos los primeros peldaños de una escalera. Prosiguiendo, la descubrimos toda y llegamos á una plataforma hecha con argamasa. Esta escalera, compuesta de diez y seis peldaños de pendiente rápida, comunicaba entre sí las dos explanadas; y debía haber varias, correspondiendo al número de las explanadas, como en todas las pirámides del mismo género.

Entonces se facilitó la obra; sólo teníamos que seguir la pared perpendicular y la enorme cornisa que se

encuentran á la izquierda de la escalera. En esta primera parte de la pared, estaban descubiertos los pedruscos y la argamasa; más lejos, la encontramos cubierta de estuco bruñido; aquí y allí se distinguían vestigios de color, pero demasiado vagos para indicar los dibujos de esta decoración. Prosiguiendo, tuve la suerte de descubrir ciertas partes del muro en que aparecían visibles y distintas todas las figuras de la decoración. Pero los colores desaparecían notablemente por la acción atmosférica y como yo me desesperaba al ver que se me escapaban estos dibujos, Don Antonio Menéndez, el director de las escuelas públicas de Izamal, que asistía á mis excavaciones, me dió la idea de avivarlos. Tenía yo pinceles; envié inmediatamente en busca de los colores amarillo, azul y rojo, que eran los que se necesitaban y mientras que yo humedecía con una esponja la pared, Menéndez pintaba de nuevo las figu-

ras geométricas que componían la decoración. Inmediatamente saqué una fotografía de ellas y hoy tenemos en nuestro poder los documentos necesarios para restablecer el sistema decorativo de los mayas.

Semejante resultado, verdaderamente considerable, viene á confirmar más todavía mis afirmaciones referentes á la existencia de la ciudad en tiempo de la conquista. En efecto, estos dibujos, que consisten en palmas enrolladas, florones rojos en fondo amarillo y guarniciones de figuras geométricas pintadas de azul en fondo amarillo también, nos representan casi exactamente la decoración que hoy se usa en las principales casas de Izamal. Son los mismos colores y los mismos dibujos y es fácil comprender la razón: eso se debe á que la trasmisión de los antiguos á los modernos fué directa.

Cuando los conquistadores se establecieron en Izamal (y allí se estable-

cieron desde su llegada) los templos permanecían en pié, puesto que Landa los destruyó diez y ocho años más tarde; las pirámides y los templos intactos ostentaban aún su caprichosa ornamentación y los dibujos y colores brillaban en todo su esplendor.

Pero no había en aquella época ni alñiles ni pintores españoles; no había entonces más que obreros y artistas mayas. Es, pues, natural que, al construir las casas de sus nuevos señores, estos obreros y estos artistas hayan empleado para adornarlas los mismos dibujos y los mismos colores de que se habían servido y que aún herían su vista en los monumentos; y en consecuencia, como nada se modifica sensiblemente entre los pueblos primitivos, esta tradición se ha perpetuado y nosotros tenemos hoy en las casas españolas la misma decoración que en las de los antiguos mayas. Eso es tanto más cierto cuanto que en los juguetes de los niños, juguetes de los

cuales he traido una colección, los colores y dibujos empleados son todavía los mismos: rojo y azul en fondo amarillo. Además, los objetos representados son también los propios de aquel tiempo: pájaros, tortugas y hombres que sirven de silbatos á los *bebés*.

Entre las reliquias recogidas en mis excavaciones, citaré un singular objeto de cobre, del cual ya he hablado antes, que me pareció un adorno, ya del cuello, ya de las orejas, y que se encuentra en vidriados antiguos y en los bajo relieves; tiene 15 centímetros de largo. Creo que es el único ejemplar que existe, pues en ninguna parte he visto otro. Asimismo he hallado varios fragmentos: una piedra de honda, dos figuritas de tierra cocida semejantes á las de Teotihuacán y una cabeza de perro pintada de azul. Igualmente he encontrado en la acera de una casa (y he sacado sus moldes) dos losas cubiertas de escul-

turas, una de las cuales representa dos ardillas y la otra un águila con las alas extendidas.

Ocupémonos, pues, en la restauración que mis descubrimientos me han permitido hacer. De las dos mesetas que componen la base de la pirámide, la inferior mide 41 metros de largo por 21 de ancho, la superior 36 por 16, y el pequeño terraplén en que terminaba la escalera se extiende al rededor de la última meseta con un ancho de 2, m. 25.

Los muros de las dos mesetas se dividen en frisos y cornisas: el friso de la pared inferior mide 1, m. 75 de altura y la cornisa 2, m. 10 con un saledizo de 30 centímetros. En este friso llano, cubierto de estuco, se ve una faja de rosetones pintados de rojo en fondo amarillo y la línea de cuadros azules que he descubierto: la ancha cornisa estaba pintada de rojo.

El friso del muro superior mide 1, m. 22 de altura y la cornisa 90 centímetros con un saledizo idéntico de

30 centímetros. Este segundo friso estaba cubierto de una serie de relieves, consistentes en figuras de bulto, modelados en el estuco fresco y divididos á derecha é izquierda en seis paños de 2, m 25 cada uno, semejantes al que hemos dado. Entretanto, el paño central, ligeramente desviado hacia dentro, ocupaba un espacio de 18 metros; los dos ángulos formados por la desviación estaban ocupados por dos inmensas figuras de la propia elevación que la pared, ó sea de 2, m 10 por 2metros de ancho.

Para figurar los seis paños, he tomado por modelo elmío y lo he repetido seis veces, á fin de no lanzarme al terreno de lo desconocido: en cuanto al gran paño central, lo he restablecido siguiéndome de las indicaciones de personas que lo han visto hace apenas quince años, cuando se quitó el montón de escombros que señalaba esta parte de la pirámide. Se me ha indicado el asunto principal: un co-

razón ensangrentado, herido por una flecha, y á cada lado, figuras prosternadas. Por lo que hace á los diferentes asuntos, palmas, volutas y adornos caprichosos que cubren el fondo del paño, los he sacado de la misma pirámide, lo mismo que las dos grandes figuras cuyas fotografías tengo y que he restaurado en este sitio en lugar de las dos que habían desaparecido.

La pirámide con sus dos pisos es, pues, absolutamente verdadera, puesto que yo he traido los dibujos y los colores del friso inferior, que en cuanto al friso superior, tengo el molde de uno de los paños y que, para lo demás, los temas y colores me han sido indicados por habitantes de Izamal que han visto el conjunto del friso.

No quedaba una piedra del templo y lo he reconstruido por completo. Tengo no obstante derecho de decir que esta no es una creación fantástica, puesto que dichos monumentos son

casi todos semejantes y que las diferentes partes que componen este son enteramente indias.

He tomado mis documentos en dos épocas de esta misma civilización: en la que, á mi juicio, ha precedido á la fundación de Izamal y en la que le ha seguido. He tomado de Comalcalco y Palenque, poblaciones más antiguas y de dondehan venido los civilizadores, la oblicuidad del techo, ciertos detalles de ornamentación y el muro decorativo que corona el templo: muro que, por una parte, se ha perpetuado en muchas de las modernas ciudades yucatecas. El cuerpo del edificio es copia de un monumento de Chichén-Itzá, ciudad posterior á Izamal; los dos grandes paños de la pared inferior vienen igualmente de Chichén, así como el medallón del friso y las cinco grandes figuras que adornan la parte superior del monumento.

Por lo que mira á los colores, debo confesar que me he guiado de frag-

mentos de pintura recogidos por mí en edificios diversos, en los cuales, como en la base del templo, había yo observado el azul, el amarillo ó el rojo. He podido poner el amarillo en vez del rojo ó del azul y viceversa: pero se trataba no tanto de hacer algo verdadero, lo que nos era imposible, sino de hacer una cosa verosímil y de dar una idea exacta de la fisonomía polícroma de un templo maya-tolteca, anterior á la conquista. También puedo decir que he suavizado los tonos, lejos de avivarlos; estoy convencido de que los colores debían ser más fuertes y los contrastes más violentos y apelo al testimonio de la copa de colores brillantes que he dado á luz en mi obra y que he descubierto en mis excavaciones de Tenenepanco.

Por otra parte todo se enlaza en un pueblo; es uno en sus manifestaciones: una copa, una jarra, un puñal, una joya, pueden darnos idea perfecta de su genio decorativo, pues

aplica á la ornamentación de sus monumentos, dándoles mayores proporciones, todos los asuntos figurados en esos distintos objetos. Los árabes no han hecho otra cosa para la decoración de su palacio de Granada y de Córdoba.

El civilizador americano, el tolteca, nos ha dejado por todas partes huellas de su afición á los colores; en Comalcalco, la antigua Centla, la capital india de Tabasco, he encontrado un fragmento de pared expuesto há más de cuatro siglos á las lluvias torrenciales del país, y de un color rojo tan fresco y tan vivo, que se hubiera dicho que había sido pintado en la víspera.

En Teotihuacán, las dos grandes pirámides estaban reforzadas con una gruesa capa de cimento pintada de color rosado y los caminos de la ciudad estaban pintados de rojo, lo mismo que los de Yucatán. Los palacios, por consiguiente, debían estar

decorados con las pinturas más vivas, pues hubieran parecido deslucidos y pobres en medio de aquel exceso de colores.

No hemos podido ver más que restos informes de estos monumentos, pero Torquemada que visitó Teotihuacán muchísimo tiempo antes, quedó sorprendido del conjunto deslumbrante que presentaba todavía aquella ciudad india. "Todos estos templos y palacios, dice, y todas las casas próximas estaban perfectamente construidos de cal blanca y bruñida; al verlos desde lejos, se experimentaba admirándolos un inmenso placer. Las callejuelas, las calles y las plazas eran de cimento pintado y pulido y estaban tan hermosas, tan limpias y tan brillantes, que parecía imposible que manos humanas las hubiesen podido construir y que piés humanos hubiesen osado hollarlas."

"Y esto es tan cierto, que se me puede creer sin exageración de nin-

guna especie, porque además de lo que otros me han asegurado, yo mismo he visto ciertas ruinas que eran la prueba de todo cuanto he dicho; y entre los templos había árboles, flores, jardines y huertos soberbios y perfumados para el servicio y adorno de los templos."

El entusiasmo de Torquemada se hubiera demostrado igualmente en presencia de ciudades yucatecas como Izamal, Chichén-Itzá, Uxmal y Labná, en donde numerosos monumentos, enteramente cubiertos de esculturas, de más de cien metros de extensión, ostentaban sus polícromas fachadas en medio de la gran vegetación de los trópicos. Apenas podemos concebir el espectáculo que debían ofrecer aquellas ciudades y del cual sólo puede darnos una débil idea el templo que presentamos; pero habremos adquirido la certidumbre de que la policromia era familiar á los indios, como lo fué á los egipcios, á

los griegos y á las poblaciones del Oriente y Mediodía.

Por lo demás, la policromia no es más que el resultado de un medio y se ha impuesto á todas las poblaciones que viven en comarcas de luz resplandeciente. En estas comarcas, los edificios de cal ó de mármol blanco debían herir la vista, reflejando con viveza la luz del sol; entonces se les cubrió, con más ó menos fortuna y según el ingenio de cada pueblo, de diversas pinturas que atenuaran la fuerza de la luz, sin perjudicar por eso á la belleza de los monumentos.

En España, en Italia, en Portugal, veis casas azules, amarillas, rojas; y los hombres al cubrirlas con estos colores que nos sorprenden á nosotros, los habitantes del Norte, obran impulsados por el mismo motivo que nos hace emplear anteojos de vidrios azules ó cenicientos para preservarnos la vista cuando vamos á explorar

campos de nieve ó los ventisqueros de Mont Blanc.

El pueblo que tan hermosos monumentos nos ha dejado, cultivaba también la literatura, la historia y la poesía. Los cronistas nos hablan de teatros en que los indios representaban, aun después de la conquista, comedias calificadas por aquellos de notables; hemos hablado así mismo de las poesías del rey de Texcoco, el gran Netzahualcoyotl. Todo el mundo conoce los manuscritos mexicanos y mayas, rituales y relatos compendiados de períodos históricos, y yo presento al lector una fábula inédita que ha publicado en su obra el Sr. D. Crescencio Carrillo y Ancona; tiene por título: *La paloma y la ardilla.*

"La paloma morada, emblema de la esposa fiel, dice el poeta maya, cuidaba en una hermosa mañana los huevecillos en el nido. Llega la ardilla, animal astuto y sagaz, y jugueteando alegre y decidora sobre flexi-

ble rama al tranquilo nido muy próxima, le pregunta con meloso acento:

—Por qué amiga mia, tan poco sociable permaneces todo el tiempo en la casa?

—Mi esposo está fuera, dice la inocente esposa, á su vuelta saldré yo. No hemos de dejar desamparados los huevecillos.

—Pobrecita! replica el animal astuto, en tanto que tú cuidas el nido, tu esposo se divierte con las otras palomas. Hoy mismo con estos ojos acabo de verlo.

Los celos hieren el corazon de la paloma, olvida que es madre, y presurosa abandona el nido.

La ardilla devoró al punto los huevecillos sacando su almuerzo de la astucia propia y de la credulidad de la celosa y sencilla paloma.

Cuando ésta volvió al nido ¡ay! gimió de dolor encontrándolo vacío y esparcidas abajo las tristes cascarillas. Desde entónces, ella en su can-

to suave y quejumbroso sólo dice y repite: *Cuuc-tu-tuzen*, *Cuuc-tu-tuzen*, esto es, "la ardilla me engañó, la ardilla me engañó."

Moral.—Es algo cándida como la paloma: la mujer casada debe obrar con una prudencia exquisita y todas en general deben huir de las personas perversas, maldicientes y calumniadoras.

Está muy bien; pero ¿empleaban los mayas y los aztecas caracteres especiales para extender y divulgar estas comedias, estas fábulas y estas poesías? No lo creemos así. Su escritura simbólica podía aplicarse á los rituales para recordar la época de las fiestas y de las ceremonias religiosas; podía aplicarse á ciertas crónicas históricas para traer á la memoria recuerdos de guerras y conquistas, señalando las fechas por medio de signos que conocemos y distinguiendo á las poblaciones vencidas y vencedoras por la actitud resignada ó al-

tiva de los personajes, como en la piedra de Tizoc; podía consignar relaciones de pesca y de caza con figuras de corzos atravesados por flechas ó con la pata cogida en un lazo ó por medio de peces y redes, acompañadas de signos que indicaran la época y el sitio de estas cazas y pescas y el príncipe que las había presidido; podía igualmente perpetuar la memoria de un año de seca ó de abundancia, la erupción de un volcán ó la aparición de un cometa, como se ve en todos los manuscritos. Pero ¿podía, fuera de los grandes períodos históricos, referir los hechos detalladamente? ¿podía trasmitirnos una pieza de teatro, una fábula, un poema? Creemos que no; todo lo que concernía á la historia propiamente dicha y á la literatura debía confiarse á la memoria de ciertos hombres, que formaban una clase especial y eran registros vivos, que á su vez lo comunicaban á sus sucesores; y así de-

bió ser como estos documentos, si son auténticos, han podido llegar hasta nosotros. Para probar la constancia con que las tradiciones se trasmiten de siglo en siglo, se refiere que los australianos repiten hoy todavía, en una lengua que no es la suya, cantos y leyendas que no comprenden del todo.

Mientras duraron mis trabajos en Izamal, hice varias excursiones á los alrededores, que abundan en ruinas. Los que habían visto estas ruinas me hacían siempre magníficas promesas, según las cuales debía yo encontrar allí estatuas, inscripciones y palacios. Me dejaba, pues, llevar para sufrir siempre los mismos desengaños y los mismos chascos; había muchas pirámides, pero de piedras amontonadas y nada más; únicamente traía de estas breves expediciones millares de garrapatas que me atormentaban á su placer. Había resuelto poner término á estas problemáticas exploraciones, cuando se me ha-

bló de las ruinas de Tikoch; las noticias eran tan detalladas, las afirmaciones tan positivas, que me dejé convencer. Por otra parte, tenía presente que Landa hablaba de Tikoch como de una ciudad importante y hé aquí su origen:

Entre los doce sacerdotes de Mayapán que huyeron de la ciudad después de su caída, hubo uno muy famoso que casó á su única hija con un joven noble llamado Ah-Chel, el cual tuvo varios hijos que, según la costumbre, llevaron el nombre de su padre. Este fué á establecerce cerca de la costa, á donde le siguió una población numerosa. Tal fué el origen de la familia sacerdotal de los Cheles, cuyos descendientes ocuparon la más considerable de las provincias de Yucatán á la cual dieron su nombre, Ah-Kin-Chel, siendo la ciudad de Tikoch la primera que habitaron antes de fijarse en Izamal.

Uno de los miembros de esta fami-

lia que vivía en Oilam, de la costa Norte, fué quien recogió á D. Francisco de Montejo en los momentos de su fuga de Chichén, y el Sumo Sacerdote de Izamal, Kinich-Kakmó, perteneciente á esta propia familia, fué también más tarde, con el rey de Maní, uno de los primeros aliados de los españoles á su llegada á Mérida, en 1541; al paso que Cocom, el rey de Sotuta, seguía siendo enemigo irreconciliable de los invasores. Resolví, pues, visitar á Tikoch, que se hallaba á 12 kilómetros al Nordeste de Izamal.

Partimos con el jefe político, que me acompaña; seguimos el camino de Valladolid, y en Sitilpech tomamos un guía. Algo más lejos, á la izquierda, el *bolán--koché* se interna en un camino espantoso, en el cual, durante el espacio de dos horas, en medio de rocas hendidas, de profundos hoyos, de obstáculos increibles, somos sacudidos, desconcertados y mo-

lidos de tal manera, que hoy que han pasado más de seis meses, tengo todavía los brazos casi paralizados.

Pero llegamos, y á la derecha, en el monte, el guía nos conduce á una aguada, especie de gran cenote formado por una inmensa depresión del suelo y modificado probablemente por la mano del hombre. Era uno de los depósitos de agua de la ciudad, cuya población estaba agrupada en las inmedaciones. Este depósito debía ser, en efecto, inagotable, pues tiene agua aun después de tres años de sequía; estando bien conservado, debía ofrecer un aspecto de los más encantadores, con su hermosa balsa obstruída hoy por los juncos y las plantas acúaticas, con sus millares de cocoteros, devorados poco há por un incendio y despojados de sus hojas por la langosta que está arruinando á la península. Tal como está, representa todavía un oasis en este desierto, al mismo tiempo que un recuerdo

histórico perdido entre los bosques. Los monumentos de la ciudad se encuentran á 500 metros al Norte y nosotros nos internamos en la maleza, precedidos por indios que nos abren paso con sus machetes.

Se presentan á nuestra vista grandes montículos y explanadas, coronadas de ruinas tanto más imponentes cuanto que solamente se las divisa veladas y cubiertas por una espesa vegetación; estas numerosas ruinas me parecen considerables y ya me regocijo de mi descubrimiento, cuando al penetrar en el corazón mismo de los monumentos derruidos, me encuentro en frente de amplias bóvedas, que me anuncian un nuevo sentimiento.

Sin embargo, mi despecho es relativo, porque estas ruinas no están destituidas de interés; estoy en frente de la antigua ciudad de Tikoch, cuyos monumentos, que han desaparecido, suministraron sin duda á algún rico conquistador los materiales de sus

paredes para construir su morada principal en los primeros años de la conquista. Era evidentemente una importantísima explotación agrícola y el rico *encomendero* debía poseer millares de sirvientes; Herrera nos refiere, en efecto, que los primeros ocupantes españoles tenían de tres á cuatro mil. Pero los monumentos del vencedor han durado menos que los del vencido y unos y otros yacen hoy envueltos en el mismo sudario de polvo y de olvido.

Tenemos que dirigirnos ahora á Valladolid y tomamos de nuevo este camino, seguido ya tantas veces, por Balantun, Tunkás, Quintana-Roo y Oitás, donde debemos pasar la noche.

Llegamos temprano; el sol, todavía alto, lanzaba sobre nosotros rayos de fuego y yo tenía prisa de reposar en sombra. Generalmente se nos alojaba en la casa de la escuela, pero, á falta de discípulos ó de plata, el profesor había huído y hacía muchos me-

ses que la escuela estaba abandonada. Fué toda una tarea obtener la llave de la casa, que se encontró al fin.

Mi criado Valerio y el cochero trasladaron inmediatamente los equipajes á la gran sala, muy fresca, en la cual me prometía pasar una siesta deliciosa. Ya estaba en su sitio mi catre de campaña y colgada mi hamaca y me ocupaba en abrir y desatar los bultos pequeños, cuando vinieron de repente á alarmarme sensaciones extrañas: me sentí acribillado de picaduras dolorosas y creí haber caído en un nido de hormigas.

Me lanzé afuera y como estaba vestido de blanco, ví mi pantalón completamente negro por los pequeños insectos que en él bullían; no eran hormigas sino pulgas y las invasoras, no contentándose con el pantalón, habían inundado el cuerpo y penetrado hasta la cabeza. En ese mismo instante salía Valerio de la casa, seguido del cochero y dando ambos

gritos de desesperación. Cada uno de nosotros se sacudía del mejor modo posible sin que disminuyera al parecer el número de los enemigos. La situación era tragi-cómica: intolerable para nosotros, muy graciosa para los habitantes del lugar que nos observaban.

"¡Pronto!" dije á mis hombres," ¡saquen, saquen los equipajes! Pero ni uno ni otro, empeñados como estaban en un furioso y acalorado combate, quiso entrar de nuevo á la habitación. Y yo pensaba con amargura en mi equipaje, entregado á aquella inundación devoradora.

"Pues bien, dije á Valerio," llama á esos indios y dales un peso por que vayan á sacar nuestros equipajes y los lleven al medio de la plaza." Los indios aceptaron y entonces se pudo proceder al salvamento. En cuanto á nosotros, el ataque continuaba tan vigoroso como antes, pues si habíamos arrojado á los enemigos de los fosos y

parapetos, éramos impotentes contra los que habían tomado por asalto el interior de la ciudadela y se entregaban allí inmoderadamente al placer.

Nos vimos precisados á retirarnos inmediatamente á un bosque discreto, situado detrás de la casa, y allí, en el traje más sencillo, nos consagramos mútuamente durante una hora, cuando menos, á las investigaciones más minuciosas. Afortunadamente, un indio rico nos ofreció hospitalidad en su casa nueva; pero he de acordarme por mucho tiempo de la escuela de Oitás.

Salimos al día siguiente temprano con objeto de llegar al pueblecito de Uayma. Quiero tener el gusto de presentar al lector el cenote más hermoso que existe en Yucatán al aire libre. He visitado muchos, pero ni uno solo se le asemeja en lo pintoresco y elegante; hay en ellos generalmente una profunda tristeza: son oscuros, sombríos, severos y con los

recuerdos trágicos que evocan, os llenan de un vago terror.

Este es vasto, muy abierto, alegre, nuevo, encantador, rodeado de espléndida verdura, lleno de bejucos, de flores y de pájaros, y parece imposible que se hubiesen sacrificado en él jamás víctimas humanas. Está á dos pasos del camino y de la iglesia, á cuya sombra dejábamos descansar á las mulas, cuando tuve noticia de esta maravilla. Como viajo con mi aparato fotográfico provisto siempre de placas secas, apenas tuve necesidad de media hora para sacar la vista del cenote.

A la izquierda, en la entrada, se halla un extenso hundimiento muy moderno y que forma una inmensa caverna, blanca como la nieve; se llega á la superficie líquida por medio de cuerdas atadas á la roca, pues el muro, dividido en gigantescos peldaños, tiene más de veinte metros de altura.

Algunos indios me habían seguido y otros se recreaban ya con el agua fresca y clara del cenote, de suerte que tuve á la vista el cuadro encantador que representa el grabado.

IV.

Hacia Kobá.—Mala noticia y feliz encuentro.—El Coronel Traconis.—Llegada á Valladolid.—El levantamiento de los indios.—Guerra social.—Mirada retrospectiva.—Episodios.—Anécdotas.—Valladolid: sus monumentos, su cenote.—Un nuevo pez.—Nuevas alarmas.—Renuncio á Kobá.

La primera parte de mi expedición ha terminado y vamos á comenzar la segunda, que tiene por objeto, no el descubrimiento de Kobá, cuya posición está bien determinada y que han visitado ya ciertos habitantes de Valladolid en una excursión leyendaria, sino una visita á esa ciudad, que ha permanecido desconocida para el público.

Esta visita me ofrecía personalmente el más vivo interés y calculaba yo que sus resultados debían ser de los más importantes desde el punto de vista histórico. En efecto, Kobá se encontraba en el itinerario de Francisco de Montejo, cuando durante su primera expedición se dirigió de la costa oriental á Chichén-Itzá y en ella había descansado el Conquistador. Se trataba, pues, de saber si los monumentos de aquella ciudad, habitada en tiempo de la conquista, eran del mismo estilo de los de Chichén, Uxmal, Labná y otras ciudades ya conocidas; en tal caso, esto era evidente prueba de que todas las referidas ciudades, desde la más moderna hasta la más antigua, pertenecían á la misma civilización. Creo haber demostrado en otra obra la verdad de semejante teoría; pero ¿se pueden nunca acumular demasiadas pruebas? Quería, pues, ver á Kobá.

Solamente Kobá está lejos de los centros civilizados; se halla á 40 kilómetros más allá de la población fronteriza de Chemax, es decir, á 70 kilómetros al Este de Valladolid, en pleno territorio indio. Se trataba de llegar á esta ciudad, donde el Vicegobernador y el Comandante de la banda oriental debían poner á mi disposición trabajadores para abrirme un camino entre los bosques y una centena de soldados que en caso de ataque protegieran la expedición.

Llegué, pues, á Uayma, donde tomé tranquilamente la vista del hermoso cenote á que antes me he referido, y, dedicado por completo á mi operación, no había atendido absolutamente á lo que tenía lugar cerca de mí; pero cuandó salí del cenote para volver á ocupar mi carruaje, observé que pasaba algo extraordinario. Efectivamente, me esperaba una noticia muy desagradable; el pueblo parecía

consternado; grupos de habitantes discutían vivamente en la plaza; algunos centinelas se paseaban en las bocacalles y el techo de la iglesia estaba guarnecido de soldados. ¿Qué había sucedido? Después de una tregua de diez años, los salvajes comenzaban de nuevo la guerra de exterminio y acababan de invadir el territorio civilizado. Habían sorprendido la pequeña plaza de Tixhualahtun, sita á quince leguas por el rumbo Sur, habían incendiado sus casas y matado á sus habitantes.

¿Debía yo proseguir? Un feliz encuentro vino á sacarme de apuros. El Coronel Traconis, jefe de la banda oriental, había llegado igualmente á Uayma, dirigiéndose á toda prisa hacia Valladolid para reunir allí sus tropas y lanzarse en persecución de los indios. Conocía ya al Coronel; nos habíamos encontrado antes en Chichén, adonde había ido á visitar-

me en mi expedición precedente. Era el hombre mejor para la guerra con los indios, en la cual se había ilustrado durante más de veinte años. Pequeño, seco, delgado, de ojos vivos y de una bravura épica, su brillante campaña de 1866 le había valido el título de héroe de Tihosuco, lugar en que había exterminado á los rebeldes. Victorioso en todas partes, conocía á fondo las veredas del territorio enemigo, que había recorrido tantas veces. Traconis era el jefe blanco más temido de los indios; estos le habían llamado *Bekech–Oc* (Piernas–Pequeñas), á causa de su estatura y cuando *Bekech–Oc* emprendía la guerra, los sublevados se dispersaban ante él.

"Venga Ud. á Valladolid, me dijo el Coronel, no creo en una guerra seria, sino sólo en algunas escaramuzas; no las tendremos más que algunos días y muy pronto yo mismo le conduciré á Kobá."

Partimos, pues, en la mañana siguiente y como yo tenía mulas frescas, mientras que el tiro del Coronel estaba cansado y además el camino de los alrededores de Uayma estaba espantoso, ofrecí á Traconis un sitio en mi *bolan--koché* y á las tres de la tarde, poco más ó menos, entramos en Valladolid.

Valladolid, la Sultana del Oriente, nombre con que modestamente la han bautizado sus habitantes, fué fundada poco después de Mérida en el lugar de la antigua Zaquí; era, después de la capital, la ciudad más importante y más floreciente de la península. Su población igualaba á la de Mérida; tenía hermosas casas y extensos jardines, una gran catedral, conventos magníficos y barrios inmensos. Una cintura de ricas haciendas, vastas explotaciones agrícolas colocadas en medio de tierras fértiles, le daban el bienestar y la riqueza. Pero ¡ay!

¡está tan lejos esa época! La infeliz Sultana fué violada por los indios sublevados en 1848, en el primer ímpetu de esa guerra social de que vamos á hablar y que parecía renacer ante nuestros pasos el mismo día de nuestra llegada. ¡Ah! ¡pobre Valladolid, pobre Sultana, cuyas largas tocas flotan hoy á la merced del aire y que llora todavía su opulencia destruída y su pasada grandeza!

Mas ¿cuáles fueron las causas de esta guerra social que puso á Yucatán á dos dedos de su destrucción y lo arruinó por completo? Aunque múltiples, la primera de todas esas causas fué la conquista y la opresión del vencido. Esta opresión fué terrible y prolongada, pero aunque hubiera sido de las más suaves, el pueblo oprimido hubiese conservado el mismo deseo y el mismo derecho de sacudir el yugo y de romper sus cadenas. Tenía efectivamente este derecho; se le tiene siempre.

"Por más tiempo que haya durado un cisma, dice la Iglesia, no prescribirá la verdad."

"Los que poseen por otro, dice el Código, no prescriben jamás."

La libertad de un pueblo no puede, en consecuencia, prescribir y cualquiera que sea el tiempo que haya sufrido la conquista y gemido en la servidumbre, este pueblo tiene el derecho y el deber de reconquistar su independencia.

Aunque sea uno de raza blanca y testigo desinteresado de esa lucha abominable que costó la vida á cerca de trescientas mil criaturas humanas, cuando conoce sus causas, execra y maldice sus errores, sin saber á punto fijo por qué lado ponerse. Es que un pueblo oprimido, cualquiera que sea su raza ó su color, inspira una simpatía instintiva y una piedad profunda que se vuelven contra el opresor.

Es así que el pueblo maya fué el más duramente oprimido de todos y el español, el más cruel de los vencedores. Luego era natural que este recogiese más tarde los odios que había sembrado.

Los primeros años de la conquista no ofrecen, en efecto, más que escenas de despojos, de suplicios y de horrores; y si es cierto que este pueblo, arrogante y belicoso entre todos, acabó por inclinar la cabeza bajo el férreo yugo que le había impuesto su señor, en realidad no estaba sometido. Después de tres siglos de servidumbre, conservaba tradicionalmente el deseo imperecedero de reconstituirse al mismo tiempo que una sed ardiente de venganza. Y por eso la primera señal de la rebelión fué dada por un Cocom, descendiente de aquella familia de reyes que arrojó á los españoles de la península en su primera invasión y que luego tan difícilmente

se sometió; y eran esos mismos hombres los que en el siglo diez y ocho estaban aún sujetos á la servidumbre por los yucatecos. Aunque hayan pasado tiempo há las abominaciones de la conquista y la ferocidad de los conquistadores, aunque vivieran bajo un yugo menos pesado y gobernados por leyes más suaves, los mayas no eran nada menos que esclavos.

El indio, aislado en sus pequeños pueblos, expuesto al desprecio de los blancos y alejado perpétuamente de los empleos públicos, soportaba casi solo todo el peso de los impuestos, y su salario, de los más miserables, apenas era suficiente, no obstante su proverbial sobriedad, para la manutención de su familia. Por otra parte, en cambio de algunos amos moderados y compasivos, ¡cuántos habían heredado las crueles inclinaciones de sus antepasados! ¡Cuántos sirvientes golpeados, atormentados, vendidos!

De allí nació un odio disimulado, pero feroz. Este odio ardía oculto é inextinguible en el corazón de los mayas; una casualidad, una ocasión fortuita, un suceso cualquiera podía hacerlo estallar: este acontecimiento sobrevino; á la hora señalada por la Providencia, se presentó la ocasión: la guerra civil de los blancos.

Estos entonces, sin calcular las consecuencias ni prever los resultados de su conducta, armaron á sus servidores; cada partido armó á los suyos y eso, valiéndose de condiciones y promesas engañadoras: aumento de libertades, disminución de impuestos, admisión á los empleos públicos etc., ofertas cuyo cumplimiento siempre se aplazaba y que además eran imposibles de cumplir, por la penuria del Tesoro público y la rapacidad de los propietarios.

Pero una vez con las armas en la mano, el indio vió engrandecerse su

personalidad y revivir su valor; se disciplinó con el ejercicio de las armas; se habituó al fuego, lo cual reanimó su carácter; y ennoblecido por una nueva confianza que le hizo más odioso el yugo de los blancos, soñó en la libertad. Después, entre el tumulto de las marchas y de los combates, no hubo vigilancia por parte de los jefes; en los campamentos, en medio del silencio de los bosques, comenzaron las recriminaciones, se organizaron conciliábulos, se tomaron acuerdos y el 30 de Julio de 1847 estalló la primera sublevación.

Mas, en medio de las contiendas domésticas y de los odios de partido, los señores juzgaron de poca importancia los sucesos; la competencia para lograr el poder absorbía todos los ánimos; sólo se pensaba en derribar desde luego al adversario, dejando á los indios para después. Era darles tiempo de organizarse. El levanta-

miento, limitado en los primeros días á las lejanas provincias de Oriente, hizo rápidos progresos, se extendió como una mancha de aceite y produjo muy pronto un vasto incendio. Y entonces, ya no fué la guerra civilizada, si podemos darle este nombre; no, fué una guerra salvaje, una guerra de exterminio, sin tregua, sin cuartel, sin misericordia.

La relación de lo que pasó en aquella época nefasta, dice Eligio Ancona, sólo puede escribirse con sangre; la lucha, una vez empeñada, tomó proporciones gigantescas y presentó tan terribles episodios, que apenas pueden hallarse otros semejantes en la historia de algunos pueblos de la antigüedad. El indio no hacía la guerra únicamente á los hombres capaces de empuñar las armas: con la tea en una mano y el sable en la otra, su furor salvaje se deleitaba en la matanza de mujeres y niños pertene-

cientes á la raza aborrecida. Cuando sitiaban una plaza millares de bárbaros y sus defensores no podían rechazarlos, no se rendían á discreción ni pensaban en capitular; los habitantes huían en masa, escoltados por los soldados que habían sobrevivido, y sucumbían ó se abrían paso á sangre y fuego al través de las hordas enemigas. En los numerosos combates que diariamente se libraban, todos los prisioneros eran matados; y por eso el historiador nos hace estremecernos de espanto al referirnos las hecatombes de las vírgenes sacrificadas al furor de los salvajes; cada ciudad cercada y tomada pagaba este sangriento tributo al minotauro indio, ¡y era la Iglesia, último refugio de las infelices, la que servía de marco á ese cuadro abominable! La sangre corría de un extremo á otro de la península y Valladolid, á semejanza de tantas otras ciudades, fué tomada

y saqueada y vió diezmarse á sus habitantes. En esta guerra atroz, vemos á los ingleses representando su sombrío papel. Desde Belice, donde los soportaba la tolerancia mexicana (siempre la disputa y su compañera), suministraban á los indios pólvora, balas, fusiles y todo género de municiones de guerra; esos honrados comerciantes recibían, en cambio, maderas preciosas de los indios que permanecían en sus campamentos lejanos mientras sus compañeros mataban á los blancos. Sin los ingleses, es indudable que hubiera concluído desde hace mucho tiempo esta guerra espantosa que dura todavía después de cuarenta años de éxito vario. Al cabo de algunos meses, la península no ofrecía á la vista más que un montón de ruinas y las familias que desesperadas se habían refugiado en Mérida, llevaban el hambre á la capital, desde la cual podían escucharse los

gritos de guerra que lanzaba el vencedor á algunas leguas de distancia. Los hombres eran diezmados por la falta de víveres, el Erario estaba exhausto y el Estado en agonía. Con un poco más de disciplina y de constancia, se hubiera acabado con la raza blanca en Yucatán, cuando un auxilio de México vino á reanimar el ánimo abatido y á permitir la ofensiva.

En cuanto á Valladolid, donde nos hallamos, fué sitiada el 18 de Julio de 1848. Cuarenta mil indios la cercaban y durante tres meses se sostuvieron, jadeantes y aterrorizados, la guarnición y los habitantes de esta desgraciada ciudad. Sin esperanza alguna de socorro, sin víveres y sin municiones de guerra, fué necesario pensar en la partida.

Aquel fué un éxodo terrible; veinte mil personas, de todas edades y sexos, formadas en una larga columna móvil flanqueada por algunos vi-

gorosos soldados, se abrieron paso por el Norte en la dirección de Tizimín. Los indios favorecían esta fuga, creyendo más fácil el ataque afuera que en la ciudad y juzgando inútil toda defensa.

Inmediatamente que la columna se internó en los bosques, comenzó la matanza por la vanguardia, los flancos y la retaguardia: tuvo lugar entonces una pelea sin nombre, una tremenda carnicería, en medio de los gemidos de las víctimas y de los aullidos de los bárbaros; mataban éstos á su placer, violentaban, descansaban y emprendían de nuevo, ebrios de sangre, la matanza, hasta que las sombras de la noche vinieron á poner término á su abominable tarea; después, los indios, dueños ya de la ciudad, volvieron á ella y en sus casas y almacenes abandonados, se entregaron al pillaje y á la orgía, poniendo así digna corona á semejante triunfo.

Y hé allí porqué, á pesar de que han pasado cuarenta años desde aquellos trágicos acontecimientos, la pobre Valladolid conserva todavía su toca de viuda. Su gran catedral, cuyas torres son más elevadas y de mejor estilo que las de la de Mérida, no se ha repuesto aún del saqueo y de las profanaciones que en otro tiempo sufrió; su larga nave ha perdido sus ricos ornamentos y sus paredes desnudas aguardan al donador generoso que ha de adornarlas con imágenes santas, estatuas milagrosas y altares de columnas doradas. Situada en el centro de la ciudad, ante una plaza inmensa que recientemente ha sido plantada de árboles, puede todavía, con sus macizos contrafuertes y su plataforma guarnecida de troneras, desafiar un nuevo sitio.

En esta plaza se hallaba la habitación de la amable señora que había tenido la bondad de encargarse de nuestra mesa; pero ¡ay! la comida no

era igual á la de Izamal, donde habíamos caído en manos de un virtuoso y de un hermano.·.;parece que mientras más se aleja uno de la capital, más se aproxima á sus rudimentos el arte culinario.

¡Oh! la buena voluntad es evidente, pero falta por completo el saber; en Valladolid, se hacen bien los huevos pasados por agua y se fabrican de un modo muy singular las tortillas de huevo, que parecen suelas; pero aun no se ha llegado allí á los huevos fritos.

No falta la carne, pero es mala; las legumbres son desconocidas, exceptuando el fríjol seco, de ingrata memoria para mí. ¡Y yo soy un rábioso partidario de las legumbres! Iba, pues, á resolverme á morir de hambre, cuando divisé, en uno de los platos que se me servían, algunas ramillas de col que me hicieron concebir esperanzas; ¿había coles en la ciudad?

Llevé, pues, una hermosa col y se la entregué á mi patrona suplicándole que me hiciera con ella una ensalada. ¡Ay! la ensalada, enteramente francesa, es casi desconocida del resto del mundo. En la tarde me fué presentada una taza llena de un líquido mantecoso y en un plato, aparte, el cogollo de mi col, limpio y blanco como la nieve, pero tan duro que hubiera podido servir de bola para el juego de bolos. ¡Qué desengaño! Era preciso avisar: y puesto que no se sabía cocerlas, comería mis coles completamente crudas.

En efecto, corté mi legumbre en tirillas delgadas como el tabaco de hoja y con aceite y vinagre que había llevado conmigo, pimienta, sal y un pedacito de chile, compuse ensaladas maravillosas que recomiendo al lector. Y hé allí cómo viví durante cerca de ocho días como un príncipe ó más bien, como un conejo

Sin embargo, no era todo pesares, pues la amabilidad de la patrona y sus deliciosos dulces compensaban en parte sus debilidades culinarias; por otra parte, al tomar nuestras comidas, teníamos á la vista el espectáculo más encantador que puede verse. Eran las hijas de la casa, en traje de mestizas, con el cabello recogido al uso indio en dos azulados mechones anudados con una cinta roja como la amapola y con el púdico y escotado *uipil* (1), una ocupada en su oficio de bordadora, otra en la máquina de coser y la tercera en la tapicería; las tres tan jóvenes, tan bellas y tan graciosas, que solicité y obtuve de la madre el alto favor de retratarlas.

Ya me regocijaba pensando en el magnífico clisé que podría publicar,

---

[1] Túnicas de mangas cortas, con bordado de color y abiertas sobre los hombros en forma de cuadro.

cuando llegado el día de tomar los retratos, aparecieron las mascaritas, ya no con el delicioso traje que tanto encanto les prestaba, sino deplorablemente vestidas de seda, con el corsé furiosamente ajustado y los cabellos pésimamente rizados: de suerte que hallé detestable mi clisé y me apresuré á borrarlo. Pídoos perdon, señoritas; y si alguna vez llega esta relación á Valladolid, sabreís por qué no habeís tenido vuestros retratos.

El palacio municipal está á la derecha, en la propia plaza; es un edificio sin originalidrd y sin pretensiones, en el cual se encuentran reunidas las oficinas del ayuntamiento y de la jefatura política, la biblioteca pública y un cuerpo de guardia. Allí están interinamente, con el arma al brazo, las tropas encargadas de la defensa de la ciudad.

Recorred las calles y las hallareis desiertas; vereis una multitud de ca-

sas vacías con los techos desfondados y las paredes en ruinas como elevando al cielo sus brazos en actitud suplicante, y más lejos, en el barrio de Sisal, el grande y magnífico monasterio de los Franciscanos, rodeado de grama y de maleza, en el cual no se ve una celda entera y ni siquiera la sombra de un monje en sus claustros abandonados.

En la parte Norte, la pequeña capilla de la Candelaria, lo mismo que el convento, no presenta en su interior más que ruina y miseria; pero afuera, al mágico resplandor de una luz incomparable, nos hace admirar su gracioso pórtico morisco, mientras que á un lado y otro y á la sombra de un ceiba, algunos transeuntes dispersos contemplan al viajante extranjero. Por lo demás, Valladolid tiene su cenote, gruta inmensa y profunda, una de las más bellas y pintorescas de la península, con sus hundimientos de ro-

cas, sus cavernas, sus estalactitas y su hermosa balsa de agua clara de tintes verdosos, en la cual juguetean unos lindos peces negros. Estos peces de piel lisa, sin escamas, pertenecientes á la familia delos Siluros, tienen, cuando más, de 18 á 20 centímetros de longitud y por cada lado del vientre, dos espinas cuya picada se considera peligrosa; su piel, viscosa como la de la anguila, deja en las manos, cuando se la agarra, un vivo color rojo y puesta en contacto con el alcohol, lo tiñe de color de rosa. Parecían tan mansos que resolví coger algunos para hacer una fritada; pensaba también traer un bote lleno de ellos al Museo, donde quizá eran desconocidos.

Apenas estuvo en el agua mi sedal, provisto de anzuelos muy toscos fabricados con alfileres, cuando aquellos peces, glotones ó cándidos, se precipitaron hacia él sin dilación. Pronto tuve en mi saco una docena

que me proporcionó un plato delicioso. La carne se parece á la de la anguila; pero no pude continuar la fiesta, porque al día siguiente cuando, lleno de confianza, les arrojé mi sedal, ni uno solo quiso morderle; olfateaban el anzuelo con aire desconfiado y se alejaban al punto de él, como advertidos por la experiencia de que era un lazo de los más peligrosos.

He hablado de la ciudad de Valladolid y nada he dicho de sus habitantes; no es, sin embargo, por que no los juzgue bien: todos los extranjeros han debido ser testigos, como yo, de su benevolencia y hospitalidad.

El Jefe político y el Vice-gobernador se pusieron á mis órdenes. El Coronel Traconis me dió durante mi estancia una casa completamente amueblada y mi excelente amigo D. Manuel Herrera me sirvió de guía

en todas mis excursiones. ¡Ojalá estas líneas les lleven algún día el testimonio de mi reconocimiento!

Anteriormente he hablado de episodios sangrientos, de sacrificios heróicos y de ciertos hechos que indican verdadera grandeza de alma y que vinieron á arrojar algunos rayos de luz consoladores en medio de las sombrías escenas de aquella inhumana guerra. Iba ya á olvidarlos, pero viene á recordármelos el retrato de uno de los jefes indios que hoy toman nuevamente la ofensiva.

Representa la plancha á cuatro personas: al General yucateco Canto, al referido Jefe Aniceto Ọul y á dos compañeros suyos, uno indio y meztizo el otro. Los dos Jefes están sentados y es fácil distinguir al indio y al mestizo que acompañan á Aniceto Ọul.

Se trataba de un proyectado convenio de paz entre la provincia yucateca y las hordas indias, tratado

que no llegó á realizarse con gran detrimento de ambos partidos y sobre todo de Yucatán, pues esta espada de Damocles, esta perpetua amenaza de guerra, paraliza los negocios, impide la colonización de la parte oriental del Estado é inutiliza al propio tiempo á millares de trabajadores convertidos en soldados y encargados de la defensa de las fronteras.

Hé aquí mis episodios: referiré únicamente dos, uno en favor de cada bando, pues si la conducta de ambos merece por otro lado la severa crítica de la historia, también es preciso que demos á cada uno el honor que se merece.

Al yucateco en primer lugar.

La importante ciudad de Tekax, situada en la región meridional, había sido sorprendida por un fuerte destacamento de rebeldes disfrazados de yucatecos; tenían el traje de éstos y aprovechándose de esa guerra civil á que ya nos hemos referi-

do, habían enarbolado el estandarte de un partido y daban el grito que le servía de contraseña. La guarnición y los habitantes los vieron venir sin desconfianza y los recibieron con los brazos abiertos; mas una vez que llegaron al centro de la ciudad, el fatal error fué reconocido. Era demasiado tarde. La tradicional carnicería comenzó; solamente huyó un corto número de habitantes y el Coronel Ramírez que mandaba la plaza tuvo tiempo de encerrarse con trescientas personas poco más ó menos y un puñado de soldados en una de las casas más fuertes de la ciudad, desde la cual estrechó á los salvajes. Furiosos por esta resistencia inesperada, los indios, que se habían apoderado de dos ancianos, el padre y la madre del Coronel, los llevaron ante la casa que defendía su hijo é intimaron á este que se rindiera, bajo pena de matar á sus padres en su presencia; prometiéndole, en cambio,

si se rendía, respetar su vida y la de aquéllos.

La entrevista se verificaba ante los soldados y los habitantes, que se hallaban en la azotea de la casa, desde donde respondía el Coronel al Jefe bárbaro; un silencio glacial y espantoso reinaba entre los espectadores de aquella trágica escena, los cuales, víctimas señaladas por el dedo del indio, esperaban, con la angustia en el corazón, el resultado de este convenio salvaje.

Mas antes de que el Coronel hubiese tomado la palabra, los dos heróicos ancianos le gritaron:

"No, hijo mío, no escuches las horribles proposiciones de estos bárbaros; somos viejos y estamos próximos á la tumba, de la cual sólo nos separan algunos días; no compares nuestras miserables vidas con la preciosa existencia de tantos ciudadanos confiados á tu defensa. Déjanos morir."

Lo que pasó en el corazón del desdichado hijo, nadie puede expresarlo; trascurrieron algunos segundos, con la lentitud de un siglo, y la voz estridente de Ramírez rompió el solemne silencio que imperaba en los dos campos:

"¡Matadlos pues: el deber ante todo!"

Y el fuego volvió á empezar. Y los dos ancianos fueron asesinados.

Pero el sublime sacrificio de aquellos dos héroes no fué vano: la ciudad de Tekax fué auxiliada, los indios rechazados, los protegidos del Coronel salvados.

¡Cosa extraña! ese mismo acto de abnegación y de heroísmo se había verificado quinientos cincuenta y dos años antes, en la misma raza, en las mismas circunstancias y ejecutado también por un español.

Era en 1294; los moros sitiaban la ciudad de Tarifa, defendida por

Alonso Pérez de Guzmán; tenían en su poder á un hijo del Capitán y habiéndole llevado ante los muros de la ciudadela, amenazaron con matarle si Guzmán no se rendía.

Pero Guzmán les arrojó, él mismo, su puñal, diciéndoles:

"Matadle pues con esa arma, si es que lo habeis resuelto; prefiero el honor sin mi hijo á mi hijo con el deshonor."

Los moros mataron al niño, pero Guzmán salvó la ciudad.

Guzmán fué hecho Grande de España y es inmortal: Ramírez es desconocido.

Pasemos ahora al indio.

La villa de Peto está más próxima que Tekax al territorio indio; tomada y recobrada muchas veces, como todas las poblaciones del Oriente, se hallaba entonces en poder de sus dueños legítimos y era inquietada sin cesar por los constantes ata-

ques de los indios, que, derrotados en una recia escaramuza, dejaron en manos de sus adversarios cierto número de prisioneros. Los yucatecos, menos crueles que sus salvajes enemigos, no los mataban sino en el ardor del combate y cuando los aprehendían, los enviaban á Mérida y en seguida á la Habana, donde eran vendidos como esclavos. En Peto, los víveres estaban escasos y los prisioneros fueron simplemente arrojados en una fuerte casa con ventanas de reja, en la cual se les olvidó. No se les había matado; se les dejaba morir de hambre.

Un día, un rico habitante de la ciudad, D. Marcos Duarte, acertó á pasar ante la casa en que estaban encerrados estos indios y, bajo el sobradillo de una ventana, vió acurrucado á un infeliz, flaco y descarnado, que se esforzaba por devorar una tira de cuero.

—"¿ Qué haces allí, desgraciado?" le preguntó D. Marcos.

—"Lo que hago, señor, ya lo veis, respondió el indio; tengo hambre y he devorado las suelas de mi calzado; esta tira de cuero es mi último recurso. Hace doce días que estamos sin una tortilla; la mayor parte de mis compañeros ha muerto de hambre y los días de los demás están contados."

D. Marcos se acercó y vió con espanto el horrible espectáculo que ofrecían aquellos desdichados.

—"¡Ah!, exclamó, esto es demasiado: no, mientras yo esté aquí, ni tú ni tus compañeros se morirán de hambre."

Y diariamente enviaba víveres á los prisioneros, que se restablecieron y se salvaron.

Algún tiempo después, en una salida que hicieron los yucatecos al territorio indio, llevaron como mandaderos á los indios; los yucatecos fue-

ron derrotados y los prisioneros, recobrada su libertad, se fueron con los vencedores.

Una vez entre ellos, avisáronles que la villa de Peto, sin guarnición que la defendiera, podía ser tomada fácilmente por sorpresa. Al punto fué organizada la expedición y sorprendida la ciudad, como se esperaba.

Los habitantes sabían la suerte que les estaba reservada y se habían acostumbrado á la resignación; de suerte que D. Marcos Duarte, al ver llena de salvajes furiosos la gran plaza en que se elevaba su casa, dijo á su familia aterrorizada: "Arrodillémonos, hijos míos, y recemos." Debía creer con tanta mayor certeza que había llegado el último instante de su vida, cuanto que vió destacarse de la tropa india una sección que se dirigía hacia su morada. Las mujeres y los niños oraban.

La sección llegó delante de D. Marcos, y el jefe, sin dirigirle la palabra, colocó centinelas en todas las salidas y les gritó:

—"¡Pena de muerte al que toque ó deje tocar un cabello de este hombre ó de su familia!"

Y la familia de D. Marcos fué la única perdonada.

Era el indio que pagaba su deuda.

¿No hay en esto cierta grandeza?

Tales son los hombres que acababan de emprender de nuevo la guerra. Las noticias eran malas: las tropas del gobierno habían sido derrotadas en tres encuentros; la alarma era general y todas las comunicaciones estaban interrumpidas. No tenía ya que pensar en Kobá; dirigirme allí era imposible, porque Traconis se había llevado todos los soldados sin dejar ninguno en la ciudad. Cierto es que me había dicho "hasta la vista," pero no había fijado el día y

era necesario, sin duda, contar por semanas el tiempo que faltaba para su vuelta.

Valladolid sólo estaba defendida por algunos centenares de milicianos armados el día precedente, de los más inexpertos y casi sin municiones; y por eso reinaba un gran pánico entre los habitantes. Se decía que el objeto de los indios era llevar á cabo en la ciudad un nuevo saqueo, un nuevo pillaje; no había noticias serias y esta incertidumbre desesperaba á la gente.

Una noche, los centinelas avanzados oyeron ó creyeron oir el ruido de una bomba, pues había organizado un sistema de señales, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra: á algunas leguas de los pueblos y de las ciudades, en los puntos de tránsito más probables, estaba escalonada una serie de bombas en los bosques, cuidada cada una de ellas

por un hombre. Este permanecía oculto en la maleza, de día y de noche, y al menor ruido, al menor indicio de la llegada de los salvajes, daba fuego á su mecha y huía. Al estallido de la bomba respondía en seguida el de una segunda y después el de una tercera y las poblaciones avisadas se preparaban al ataque.

El ruido de esta primera bomba indicaba, pues, la aproximación de los bárbaros; debían estar á tres leguas apenas de Valladolid, y dentro de algunas horas, atacarían indudablemente los barrios.

Entonces ignoraba yo estas precauciones y dormía tranquilamente, lo mismo que mi criado, cuando, á media noche, comenzó á sonar el toque de rebato, enviando á lo lejos sus lúgubres notas. Me levanté sorprendido y en pocos instantes ví invadido mi cuarto por las mujeres de la casa; algunas lloraban.

—¿Qué pasa? pregunté.

—¡Ah, señor! ¡los salvajes!

Me vestí apresuradamente y me encaminé al palacio municipal; llovía y en medio de las sombras de la noche se veían agitarse formas humanas. Todos iban á tomar informes de lo que pasaba y familias enteras se refugiaban ya en la Catedral.

Llegó el día; se practicaron reconocimientos; la bomba, indicio de alarma, se hizo problemática; no se pudo hallar al portador de la noticia; se averiguó que era un ebrio el que había tocado á rebato; volvió la calma y la ciudad recobró su habitual fisonomía. En cuanto á mí, la situación en que me hallaba era de las más tristes; mi expedición había fracasado por completo. Estaba yo derrotado; el cielo me debía una revancha y me la dió.

V.

La revancha.—Primera excursión.—Un hermoso descubrimiento.—Ek-Balam: la ciudad del Tigre Negro.—La hacienda.—La antigua población.—Convento.—Templo.—Una excavación desgraciada.—Palacio.—Cisternas.—Milpa.—Xui-lub.

Todo es suerte ó desgracia en la vida y frecuentemente nos acaece un mal pequeño para mayor provecho nuestro: así me sucedió. Si no hubiese habido invasión india y hubiera yo podido visitar á Kobá, me habría contentado ciertamente con eso y al punto hubiera vuelto á Mérida; entonces no hubiese hecho un hermoso descubrimiento de Ek-Balam, que no solamente me venga de mi fracaso involuntario, sino me da ganada la partida.

He aquí la historia. Me desesperaba yo del ocio forzado en que yacía y del largo é inútil viaje que ha-

bía hecho á Valladolid, desde donde iba á emprender el regreso, y, para descargo de mi conciencia, tomaba informes de algunos habitantes de la ciudad que se ocupaban en antigüedades; todos conocían más ó menos pirámides y ruinas pero ningún monumento, y además estas ruinas eran, como las de Kobá, imposibles de visitar por el momento. Uno de ellos, sin embargo, Don Juan Medina, me aseguró que había oído decir que en los bosques de su hacienda Ek-Balam, situada á treinta kilómetros al Norte de Valladolid, es decir, enteramente fuera del territorio indio, se encontraban numerosas pirámides con bóvedas y monumentos, algunos de los cuales permanecían aún en pié. Todo eso era muy vago; era un simple rumor y ni el mismo propietario había visto nada; y luego esas bóvedas.... ¿Iba á encontrar también allá alguna construcción española?

Sin embargo, su nombre indio, *Ek-Balam*, El Tigre Negro, de *Ek* (negro) y *Balam* (tigre), era un nombre muy halagador, que acaso me proporcionaría una agradable sorpresa.

Don Juan añadía: "Tengo *bolankoché* y mulas para llevar á Ud. á Ek-Balam y una vez allá, según sus necesidades, puedo poner á su disposición una veintena de hombres." No había que vacilar; los sesenta kilómetros de ida y vuelta no eran más que un juego y dispuesto á volver á buscar mi material para las excavaciones si hallaba alguna cosa notable, salí con dirección á Ek-Balam.

La vía se dirige rec^ta al Norte hacia Tizimín. No hay ningún pueblo en el camino y sólo se encuentran pobres haciendas ó humildes ranchos escalonados á larga distancia unos de otros, un camino detestable como siempre y una vegetación magnífica. Rodamos á la sombra de grandes ár-

boles por esa angosta senda, sembrada de rocas y barrancos, en que se lanza el carruaje dando saltos desordenados; el tiempo está sereno, un tenue velo de vapores se extiende por encima de los bosques y nosotros corremos, con el corazón dilatado por la esperanza, en pos de lo desconocido. Habiendo salido de Valladolid á las cinco de la mañana, llegamos á las nueve y media á la hacienda de Don Juan.

Un gran espacio vacío cercado de chozas indias, precede al patio de la hacienda; dos inmensos ceibas se elevan en el centro de esta plaza y le prestan en el estío la sombra de sus frondosas ramas. Dos patios para las bestias, una pequeña huerta plantada de cocoteros y un vasto edificio con techo de paja que sirve de habitación y de almacén, componen toda la vivienda.

El hijo de Don Juan, advertido de nuestra llegada, nos esperaba; en

una mesita baja, cubierta con un mantel de color dudoso, se ostentaba un frugal almuerzo, compuesto de huevos, de un gran montón de frijoles y de un rimero de tortillas. Nada de cubiertos: sería mucho lujo. La tortilla remplaza con ventaja á las cucharas y tenedores y cada uno toma de los frijoles con su pedazo de pan. Los dedos de los convidados se remojan algo en los platos, pero se les lava generalmente antes de la comida. En cuanto á los huevos pasados por agua, se abren con unos palitos que sirven también para revolver la sal y después se tragan de un tirón. Aquello era primitivo, pero cordial; para concluir, el joven amo nos ofreció una tragantada de anisado.

Esto es lo que hemos hecho; ahora, ¡á las ruinas! Nos dirigimos á ellas, guiados por dos indios que con sus machetes nos abrían camino y acompañados por Don Pedro, que

iba armado con su carabina. A un kilómetro de la hacienda, se presentaron á nuestros ojos numerosas pirámides, de todas dimensiones, como esparcidas al acaso. Más lejos, hallamos todavía otras, más importantes, dispuestas en forma de cuadro, cubiertas de ruinas y de monumentos medio derruidos.

Este es un descubrimiento ¡un gran descubrimiento! Arrojo sobre el conjunto una mirada rápida y sin oir las observaciones de mi guía, que quiere detenerme, me regreso apresuradamente á la hacienda, á donde llego bañado de sudor como una rata y rojo como un gallo. Atropello al cochero; las mulas están listas y nos encaminamos á Valladolid á buscar palancas, palas y picos y mis aparatos fotográficos para proceder á una completa exploración de las ruinas. Contrato con Don Juan el trabajo de su gente y al otro día estoy de vuelta en Ek-Balam. En tan-

to que los trabajadores, bajo el mando de Don Manuel Herrera, á quien he dado mis instrucciones, se ocupan en despejar los monumentos, recorro de nuevo la ciudad india, haciendo á cada paso nuevos hallazgos.

Ek-Balam, la ciudad del Tigre negro, continúa perfectamente la tradición arquitectónica de la civilización que hemos estudiado: pirámides con explanadas, monumentos semejantes, bóvedas en forma triangular ó de cornisa volada y agrupación de los edificios principales en el centro de la ciudad, como nos lo han enseñado los historiadores: siempre la misma fórmula. Pero muy pronto veremos qué nuevas enseñanzas va á traernos la ciudad de Ek--Balam.

Ek-Balam debió ser en otra época un centro considerable; ofrece monumentos del mismo estilo que ya conocemos y pertenece, como las ciudades orientales atravesadas por el

conquistador Montejo (Choaca, Aké, Kobá), á ese grupo de poblaciones pequeñas y grandes existentes en tiempo de la conquista y que fueron fundadas por jefes mayas después de la caída de las dos grandes familias reinantes, es decir, después del desmembramiento y caída del imperio tolteca. Es por lo tanto una ciudad relativamente moderna.

Una multitud de pirámides esparcidas á distancias de 100 á 300' metros, rodea el núcleo de la ciudad misma, que se compone de una inmensa plaza rectangular de 100 metros por 80, poco más ó menos, y circundada de edificios diversos en los cuatro puntos cardinales.

Al poniente, en una explanada de mampostería de 75 metros de largo por 40 de ancho y de 5 á 6 metros de altura, se alzaba un palacio de 70 metros de fachada, construído en el borde occidental de la explanada.

Este palacio se componía de una doble hilera de cuartos pequeños enteramente independientes como celdas de monjes y de iguales dimensiones: 2 metros de ancho por 5 de largo; eran 24, doce por cada lado. Sus puertas son angostas y por dentro, en las piedras de los montantes, tienen abiertos unos agujeros provistos de barras en forma de ganchos, destinadas á colgar esteras ó telas que sirviesen para cerrar.

He llamado á este edificio el palacio de las Monjas, nombre que se dá en todas las ciudades antiguas á los monumentos que constan de piezas numerosas; las relaciones dejan suponer (y Cogolludo lo afirma respecto de Uxmal) que aquellos eran conventos de vestales; y como en cada gran ciudad había un colegio de vírgenes encargadas de conservar el fuego sagrado, no creo haberme equivocado al bautizar mi palacio.

La vista de este edificio arruinado, sus dimensiones, su sencillez, su cornisa angosta y poco saliente, nos hacen suponer que la parte superior derrumbada estaba desnuda como la pared inferior y no tenía más adorno que las pinturas que en otro tiempo debieron cubrir el revoco de yeso.

Todo eso lleva nuestra mente lejos de Chichén, Uxmal, Kabah, lejos de esos gloriosos monumentos construidos de sólidos materiales, adornados de cornisas salientes y cubiertos desde la base hasta la cima de una decoración espléndida. Es que los tiempos han cambiado y que habiéndose dividido la península en una multitud de principados independientes, los caciques de esta época no tienen ya en sus manos el poder de los antiguos príncipes. Y no solamente no tienen ya el mismo poder ni los propios medios de acción para elevar grandes palacios, sino

han perdido el gusto artístico de aquellos y si construyen todavía pirámides, edificios y templos más ó menos lujosos, es que tienen á la vista los modelos y que aun vive la tradición arquitectónica tolteca. Por eso han copiado servilmente, pero de un modo pobre y mezquino.

Así es como las poblaciones mayas, á la llegada de los españoles, marchaban á la decadencia: como ya no estaban animadas por el impulso que les había dado el civilizador, ni estaban sujetas á aquella organización de hierro que las había convertido en el más disciplinado de los pueblos, volvían rápidamente hacia la barbarie. Quizá si los españoles hubieran llegado un siglo más tarde, sólo hubiesen encontrado las huellas de la civilización.

Los historiadores nos dicen, en efecto, que los mayas tenían el instinto dominante de la soledad; que evitaban las agrupaciones de ciuda-

des y aldeas y buscaban el aislamiento en el fondo de los bosques. ¿Son esos los instintos de un civilizador? Al fin de la dominación tolteca, la división de la península en una multitud de pequeños principados era preludio de una vuelta hacia ese instinto salvaje característico de la raza; y hoy que en gran parte han recuperado los indios su independencia, han regresado á los bosques donde llevan de nuevo esa vida de aislamiento que tiene para ellos tantos encantos: esto no es, en resumen, más que un fenómeno de atavismo de los más naturales.

Tendríamos hoy, por lo tanto, derecho de afirmar que nunca fué civilizadora la raza india, que sólo fué civilizada (y por la fuerza) por una raza extranjera y que los monumentos esparcidos en Yucatán no pueden pertenecerle: es lo que creo haber probado en mis estudios.

Ahora, vuelvo á tratar de mis ruinas.

Al Oriente, á la derecha de la gran plaza de que he hablado y frente al palacio de las Monjas, se alza una gran pirámide de tres pisos.

Hallé esparcidos sobre el montículo que la corona, restos de lo que fué un templo. De alto á bajo descubrí un pequeño cuarto lleno de escombros, que me hizo pasar por todas las alternativas de alegría, esperanza y decepción, que son patrimonio de un explorador.

Esta pieza se abría por el lado de la plaza, en el basamento del templo y lo poco que quedaba de la ornamentación de la puerta, hacia la izquierda, (una cabeza de muerto modelada en estuco y fragmentos de una inscripción) me hizo suponer que había descubierto una tumba. Esto me parecía tan bien indicado que ya me aventuraba á hacer las hipótesis más extravagantes, en las cuales me confirmaban por las palabras de Landa, quien dice que gene-

ralmente se enterraba á los sacerdotes y á los príncipes detrás ó debajo de los templos.

Aquella era, pues, con seguridad la tumba de un sacerdote ó de un cacique enterrado allí, con su tesoro y sus armas ó con su mobiliario sagrado y yo soñaba en hallar un manuscrito: ¡qué descubrimiento y qué suceso!

Empleamos tres días en desocupar la pieza y cuando estuvo vacía y hubimos llegado á la capa de cimento que le servía de suelo, noté que la pieza era cuadrada y muy corta y que no era una tumba. Sin embargo, hice cavar el suelo hasta dos metros de profundidad sin descubrir más que las piedras y tierra que formaban el cuerpo de la pirámide.....No era una tumba. Era una simple capilla. No obstante, mis excavaciones me proporcionaron algunos objetos interesantes. Entre las ruinas que llenaban la pie-

za, encontramos adornos y fragmentos de una estatua de tierra cocida, cuya figura entera tengo la fortuna de poseer; está iluminada de negro lo que corresponde, al parecer, (es una mera suposición) al nombre de Ek-Balam, El Tigre Negro, que debía llevar el cacique de la ciudad. Aquí también pueden observarse los indicios de decadencia, de que hablaba antes, pues el dintel de la puerta consiste sencillamente en una pieza basta de madera, en vez de los hermosos maderos perfectamente labrados y de las losas esculpidas que servían al efecto en el Palenque, Chichén, Uxmal y Lorillard.

En el costado Sur, colocado sobre una pirámide muy baja, se eleva un doble palacio que apenas ocupa una pequeña parte de la plaza. Las dos construcciones, de dimensiones iguales, miden diez y ocho metros poco más ó menos; cada una de ellas contiene cuatro piezas bastante grandes,

de bóveda triangular, y ambas representan acaso la vivienda del cacique.

Estos dos palacios están en muy mal estado y no dejan suponer que hayan sido más suntuosos que los otros; es fácil ver en las paredes que dan al pasillo que los separa, que la decoración no admitía esculturas y que el estuco pintado ó modelado debía constituir toda su ornamentación.

Al Sur de la plaza, en medio del bosque y en una hermosa explanada, descubro otros dos edificios muy pequeños, que son verdaderas capillas, una de las cuales está enteramente arruinada mientras que la otra permanece aún en pié, aunque en mal estado. Esta nos trae á la memoria algunos templos semejantes que se han encontrado en Isla Mujeres y en la isla de Cozumel, en la cual estaba muy floreciente la piedad hacia el tiempo de la conquista.

La capilla referida no contiene más que una pieza, que mide 4 m, 50 de ancho por 2 m, 70 de fondo y 3 metros de altura. La puerta no tiene más que 1 m, 30 por 70 centímetros de ancho. Se conoce que el monumento estaba cubierto de estuco y se ven aún sobre la puerta restos de inscripciones.

Si la vista de este monte poblado de árboles carece de interés para el lector, el gran espacio que le antecede le ofrecerá sin duda más atractivos, pues en él tenemos á la vista un modelo de lo que es un campo cultivado según la costumbre india: una milpa.

En efecto, como el gran patio á que le sirven de marco las pirámides y los palacios fué aplanado y desembarazado de sus rocas por los antiguos, forma hoy un magnífico campo propio para el cultivo y es la parte de su dominio que el propietario emplea al efecto con más frecuencia.

Para preparar un campo, los indios no aran la tierra, como en Europa, pues lo estorbaría la corteza pedregosa que forma el suelo de la península. Se limitan á cortar los arbustos y los árboles, dejando á éstos sólo un metro de altura; operación que tiene lugar generalmente en Octubre. Los árboles y arbustos derribados se quedan á secarse en el campo hasta el mes de Marzo, en que se procede á la *quemazón*.

Previamente dispuestas las ramas en largas filas con el fin de facilitar el incendio, el labrador espera que sople una violenta brisa del Sueste, casi siempre regular en esta época, sin cuyo auxilio el monte ardería mal y la futura cosecha estaría expuesta á malograrse. Al comenzar el Sueste, se pega fuego y si todo arde bien, se forma una gran cantidad de ceniza que es la que ha de fecundizar la tierra.

Vienen las primeras lluvias, el indio pica sencillamente sus granos de

maíz, y se promete una cosecha abundante, si la langosta no viene á devorarla; lo cual por desgracia es muy frecuente.

A la izquierda, al pié de un cocotero medio quemado por el fuego que se encuentra en el centro de la plaza, se alzaba la picota, la piedra del castigo que hemos hallado en Aké, en Uxmal y en casi todas las ciudades indias.

Recordaré únicamente de paso la visita que hice á la ciudad arruinada de *Xui–lub* (la pértiga hambrienta;) no encontré en ella más que algunas pirámides sin huella alguna de monumentos. Terminaré, pues, allí la cuenta de mis descubrimientos en el Nordeste de la península y resumiré en algunas palabras su resultado.

Ek-Balam reemplaza de una manera ventajosa á Kobá, que no pude visitar á causa de la sublevación indígena y que no hubiera tenido tiempo de estudiar, por la gran distancia

á que está y el poco tiempo que le hubiera podido consagrar.

Ek-Balam nos demuestra que todo el grupo oriental de ciudades por que pasó el conquistador Montejo, era moderno, que dichas ciudades eran semejantes á aquellas más antiguas cuya historia hemos escrito y que todas ellas pertenecen, por consiguiente, á la misma civilización.

Ek--Balam nos proporciona un ejemplo de esa época de decadencia que no conocíamos, pues la mayor parte de las ciudades pertenecientes á dicho período ha desaparecido casi enteramente; ¿por qué? Es que, sin embargo de ser más modernas que aquellas cuyos hermosos monumentos existen aún, la mala calidad de los materiales, la construcción defectuosa y las dimensiones reducidas de sus edificios han ofrecido al tiempo una presa fácil; y que los viajeros se han ocupado menos con

ellas, porque sus monumentos, como eran menos bellos, atraían menos la atención, y porque estando más lejos del centro, eran menos visitadas.

Pero bien habían previsto esta decadencia los dos representantes del poder tolteca decaído, Cocom y Tutul-Xiu; bien la habían personificado cuando después de la destrucción o abandono de sus capitales, fueron á poner en otras partes sus nuevas residencias. Por eso las bautizaron, á una con el nombre de Maní, "nosotros hemos sido juzgados;" y á la otra con el de T-bulon, "la época de la felicidad y de la grandeza ha pasado." ¡Dos sobrenomores que son más bien dos sollozos!

VI.

Las provincias orientales según Oviedo.—Exploración de Stephens en las mismas provincias.—Kantunil.—Un cuchillo revelador.—Tuloom.—En camino para Campeche.—Un naufragio en tierra firme.—Un auxilio inesperado.—Mérida.—Maxcanú.—Chocholá.—Pomuch.—Un tramvía extraviado.—Un ferrocarril modelo.—Llegada á Campeche.

La relación de Oviedo que viene á confirmar lo que hemos publicado acerca de las ciudades antiguas, confirma igualmente lo que acabamos de decir con respecto á nuestros nuevos descubrimientos en la parte oriental de Yucatán; esta relación, que le hizo á él un compañero de Montejo, el caballero Alonso Luxan, es demasiado interesante para que no cite algunos extractos de ella.

Montejo llega á Cozumel á fines de Setiembre de 1527, descansa allí cuatro días y penetra á Yucatán donde desembarca en frente de la is-

la, á media legua, poco más ó menos, de un pueblo llamado Xala y que encontramos en el mapa con el nombre de Xelha. Como los españoles no conocían el país, se establecieron cerca de un pantano, en el sitio más malsano de la provincia, donde Montejo perdió á una parte de sus soldados. Tras esta pérdida y otras diversas vicisitudes, Montejo iba á retirarse, cuando fué socorrido y provisto de víveres por el cacique de la isla de Cozumel, *Unopate*, quien, acompañado de más de cuatrocientos indios, había desembarcado en la península para asistir á las nupcias de una de sus hermanas con un príncipe yucateco. *Unopate*, movido de lástima, persuadió á Montejo á aguardar con paciencia en tanto que él iba á negociar la paz con los indios del interior; y cumplió su palabra, pues hizo entrar á los españoles á una aldea llamada *Machi* donde fueron bien acogidos. Esta población

contaba más de cien casas muy hermosas y numerosos *Kués*, ó pirámides coronadas por templos y oratorios, *todos construidos de piedra y perfectamente esculpidos.*

Montejo recibió del cacique de la aldea algunas alhajas de oro y durante su permanencia en ella llegaron de todas partes indios con sus caciques para ver qué clase de gente eran los cristianos; pedían que se les mostraran los caballos, que eran para ellos objetos de gran admiración y por toda la comarca se extendía la fama de estos extraños animales.

Un día el Adelantado les mostró su caballo de Castilla, ensillado, embridado, con el pecho adornado de un gracioso collar de cascabeles y sujeto por uno de sus hombres; al ver al destrero dando brincos á derecha é izquierda y haciendo mil graciosas corvetas, los indios se espantaron de tal manera que algunos huyeron, mientras que otros, más

miedosos, cayeron boca abajo; pero, á los relinchos del caballo, fué tan grande su terror, que no hay píldora ni poción que pueda producir resultados tan deplorables. Así terminó la fiesta.

Después de un descanso de dos meses, los españoles prosiguieron su camino y pasaron por muchos pueblos de quinientas á mil casas poco más ó menos, donde admiraron una *multitud de edificios y de hermosísimos monumentos*, pero no se atrevieron á detenerse, en atención á su escaso número; llegaron, por último, á una ciudad de cinco mil casas, llamada *Conil*.

En su Capítulo III, Oviedo nos dice que después de haber descansado dos meses en Conil, se dirigieron los españoles á otra ciudad situada á dos leguas de allí y llamada Cachi.

"En esta ciudad de Cachi, nos dice el cronista, había una plaza muy grande, en medio de la cual se alza-

ba un palo inclinado como un mástil de navío, liso y puntiagudo, que servía para el castigo de los malhechores, á quienes se ahorcaba ó empalaba en ellos, tales como ladrones ó adúlteros que seducían doncellas y mujeres casadas, sin permiso de sus señores, ú otra clase de criminales" y (pasaje importantísimo y que parece completamente nuevo) "todo estaba admirablemente organizado en esta ciudad de Cachi y había en ella un inmenso mercado con numerosos negociantes y abundantes mercancías, como también todo género de provisiones, de víveres y de cuantos objetos se venden, se compran y se cambian entre estos naturales; y este mercado tenía sus inspectores y sus jueces que se reunían *en un edificio situado muy cerca, en uno de los ángulos de la plaza*, á modo de consejo de ciudad ó tribunal, donde se despachaba en pocas palabras cualquier litigio, sin demora ni apelación, sin

que pasara un día ni una hora, sin escritura y sin que surgiese entre las partes dificultad alguna; este tribunal daba á cada uno lo que le era debido."

Cito este pasaje con tanto mayor placer cuanto que viene á confirmar lo que antes he dicho acerca de ese extraño monumento de Chichen-Itzá compuesto de columnitas dispuestas en forma rectangular, cuyo destino ni siquiera sospechó Stephens y en que nadie se ha ocupado después.

Decía yo que en otro tiempo esas hileras de pequeñas columnas debieron estar cubiertas de una armazón de madera y de un techo de paja y que el monumento debía constituir el mercado de Chichén; que los dos edificios situados *en los ángulos de la plaza* estaban destinados á los jueces encargados de despachar las dificultapes pendientes entre los negociantes y daba á todo este monumento el nombre de "Tianquiz," en recuer-

do de los mercados de Tlatelolco y Tlaxcala de que nos hablan los historiadores. Oviedo llama al mercado de Cachi "Tiangüez," que es absolutamente lo mismo: lo cual es evidente prueba de que todos los centros importantes de Yucatán tenían un monumento particular dedicado á las transacciones mercantiles, como se usaba, en las altas mesetas, monumento rodeado de palacios especiales para los peritos y los jueces. Este pasaje viene, por lo tanto, á ratificar la conjetura, muy probable por lo demás, que había yo enunciado.

Prosiguiendo su camino en dirección al Oeste, atraviesan los españoles una comarca plantada de árboles de incienso y penetran á una ciudad, la más importante que hasta entonces habían visitado; esta población, llamada Choaca y designada por todos los historiadores como capital de la provincia del mismo nombre, ocu-

pa una superficie tan extensa que la tropa de Montejo, á pesar de haber alcanzado á medio día las primeras casas, no llegó hasta la tarde á la vivienda del cacique. Todas sus casas eran de piedra y mortero y sus templos, *kúes*, eran "*muy extremados de buena labor!*"

Esta descripción, que nos recuerda la carta de Montejo á Carlos Quinto acerca de las ciudades yucatecas visitadas por él, acerca de esas ciudades grandes hermosas y "*muy frescas*," ¿no nos demuestra una vez más hasta la evidencia que los edificios de Yucatán eran en su mayor parte modernos y obra de la población existente en tiempo de la conquista? ¿y no encontramos en aquella ciudad que tan vasto espacio ocupaba, la exacta definición de la ciudad maya, tal como la he descrito al referirme á Santa-Helena, que con sus casas colocadas en medio de grandes jardines (verdaderos parquecitos) nos ofrece un

modelo de la antigua aldea india!

Mas al ver los habitantes de Choaca que los españoles se han instalado en la ciudad, la abandonan durante la noche y vuelven á asaltarlos en la mañana, siendo rechazados con algún trabajo por los españoles. Aquí llegamos á la época difícil y peligrosa de que nos habla Cogolludo pues, en seguida de la lucha de Choaca viene la batalla de Aké; pero aquel historiador nos ha explicado mal los sucesos y no nos ha dado la razón del levantamiento de los indios. Oviedo nos da á este respecto detalles interesantísimos, pues nos revela la traición de los habitantes de Choaca quienes por un interés meramente personal, habían excitado contra los españoles á sus vecinos de Aké.

Hé aquí el pasaje:

"Hízose la paz y dos días después, pasaron los españoles á otra ciudad, llamada *Aqu*, tan importante como aquella que acababan de dejar. Los

indios de Choaca, que los acompañaban como mandaderos, dijeron al Adelantado que los habitantes de *Aqu* habían resuelto matar á los españoles á su entrada en la ciudad, lo cual era enteramente falso; en efecto, cuando éstos llegaron, los indios habían abandonado la ciudad y habían huído, porque los de Choaca les habían enviado á decir que los cristianos marchaban contra ellos con decidida intención de hacerles la guerra, de matarlos y de quitarles á sus mujeres, de suerte que los nuestros, á su llegada, hallaron la ciudad desierta, pero perfectamente provista de víveres; entonces los indios de Choaca que seguían á los españoles, se pusieron á saquear las casas, cargaron con todo lo que pudieron llevarse y volvieron á su residencia sin inquietarse en nada por lo demás."

"Al día siguiente, los habitantes volvieron armados; hallaron en guardia á Montejo que se precipitó á su

encuentro como un valiente capitán é hizo en ellos una gran carnicería en la cual perecieron numerosos jefes, sin que él perdiera á ninguno de sus hombres, aunque muchos fueron heridos, así como varios caballos; en resumen, la victoria quedó por los españoles."

La traición de los indios de Choaca nos indica claramente las rivalidades de las ciudades mayas y el estado de guerra permanente en que vivían todos aquellos principados.

"El ruido de las dos victorias alcanzadas por los españoles se extendió á distancia considerable y los caciques de las cercanías enviaron á Montejo embajadores para pedirle la paz y ofrecerle su amistad, que él se apresuró á otorgar."

De allí pasa el Conquistador á *Cicia* y despues á *Loche*. "El cacique de esta ciudad era un gran señor é hizo tan poco caso del Adelantado y de los cristianos, y tal desprecio les

mostró, que permaneció en casa de aquél, acostado en su hamaca, sin dirigirle apenas la palabra; sus oficiales, que prestaban por turno su servicio, hablaban por él y por eso Montejo llamaba á esta ciudad "la ciudad del orgullo;" cuando el cacique deseaba pronunciar algunas palabras, se alzaba inmediatamente entre él y el Adelantado un sencillísimo velo que sostenían en el aire dos indios, asiéndolo por los extremos, de manera que sirviese de colgadura; y así es como el cacique se dignaba responder."

Lo que hace más interesante la relación de Oviedo es que podemos comprobarla con el viaje de exploración de Stephens á los mismos sitios. Hallándose en Chémax, el pueblo por donde debía yo pasar para ir á Kobá, el cura del lugar le habló de esta ciudad india y del hermoso camino que aun se encuentra en ella y que debía conducir de Chichén á

Cozumel. Estos caminos, hechos de argamasa, que tenían de ocho á diez metros de ancho y cuya construcción hemos estudiado de Citilcum á Izamal, eran iguales en toda la península.

En la época de la visita de Stephens, el cura de Chemax poseía una hacienda en un lugar llamado Kantunil en cuyo territorio había algunas pirámides artificiales. Cierto día, al cavar una de estas pirámides para sacar de ella materiales, descubrieron los trabajadores una tumba que contenía tres esqueletos, uno de hombre, otro de mujer y otro de niño; pero en tal estado, que se redujeron á polvo cuando se les tocó. Cerca de los esqueletos se hallaban dos vasos de tierra cocida, uno de los cuales contenía una colección de adornos indios, collares de piedra, conchas esculpidas, puntas de flechas de obsidiana, etc., y *un cuchillo con mango de cuerno.*

El cura mostró estas reliquias á Stephens, quien examinó con el mayor asombro el cuchillo, cuya hoja estaba muy oxidada y cuyo mango estaba hecho pedazos. La presencia de semejante arma en la tumba de un cacique indio no nos sorprende más que las escopetas de Izamal y nos demuestra que la hacienda de Kantunil ocupaba el sitio de una ciudad que en otro tiempo atravesó el conquistador (Aké ó Choaca) en su marcha de la costa hacia Chichén-Itzá; que, durante la permanencia de la tropa española en ese lugar, uno de los soldados obsequió al cacique con su cuchillo, ó se lo dió á trueque de algún objeto; y que más tarde, muerto el cacique, se encerró en su tumba con sus otras alhajas ese cuchillo, que en aquella época debía ser para los indios un objeto raro y de los más preciosos. Ahí teneis una prueba indiscutible, que puede añadirse á tantas otras, de la

modernidad de las ciudades indias y de su existencia en tiempo de la conquista.

En la costa oriental de la península visita luego el explorador los edificios de Tuloom, hoy completamente sepultados entre los bosques, pero que en 1518 podían los españoles admirar á su gusto; los edificios de Tuloom corresponden exactamente á las descripciones que nos han dejado los cronistas de las ciudades que se alzaban en la costa, y sus templos y palacios son parecidos á los que hemos encontrado en el interior de la península. Es fácil convencerse de que el templo cuya vista saqué, fué levantado conforme al propio modelo que sirvió para el de Chichén-Itzá; por lo demás, los indios no se han equivocado á este respecto, pues han dado á los dos monumentos el mismo nombre de *castillo*. La semejanza no se limita al exterior; en el interior, todo se parece,

la bóveda arqueada, la decoración y hasta la disposición de las diferentes piezas en una sala aislada y un corredor por cada uno de sus tres lados.

Esto es lo que se ha hecho; la cuestión está bien esclarecida y no me detengo para no ser acusado de chochez. Vamos á emprender la vuelta.

Valladolid carece de encantos para mí, porque no puedo salir de la ciudad; Traconis continúa persiguiendo á los indios y yo me hallo inquieto, sin noticias, y más contrariado que los otros: en efecto, había querido regresar á Mérida para dirigirme á Campeche y no pude encontrar carruaje.

Una feliz casualidad hace llegar á Valladolid á uno de sus habitantes que vuelve de Izamal. Se me informa al punto de este *bolan* cuyo cochero deseaba un flete de retorno. Voy á verlo: ¡Oh Dios! ¡qué vehículo

y qué mulas! el conjunto tenía completo parecido, en su clase, con esos carruajes horribles que circulan en nuestro país durante la noche y que encontramos hacia las cuatro de la mañana en las estaciones de los ferrocarriles.

—Pero nosotros no llegaremos nunca, dije al dueño de aquel extraño tren.

—He venido perfectamente, me respondió con aplomo, y correremos como una flecha.

Aquel hombre mentía descaradamente; sus dos mulas microscópicas estaban flacas y derrengadas y en cuanto al caballo amarillo que completaba el tiro, daba pena verlo. No había, sin embargo, modo de escoger y arreglé desde luego el viaje con Reyes, pues tal era el nombre del propietario. Partimos al día siguiente; como había yo prodigado el ramón y el maíz para dar piernas á las mulas, y de Valladolid á Uayma el

camino es magnífico, todo marchó del mejor modo posible: pero más lejos esperaba yo á mi hombre.

Hasta Ojitás presenta el terreno una serie de largas ondulaciones, cuyos huecos están cubiertos de arcilla, que la lluvia deja pegajosa, y cuyas alturas están formadas por abruptas rocas, que es imposible atravesar desde aquellas honduras sin lanzar á todo escape á las mulas. ¡Ay! sucedió lo que yo me temía y algo más; para colmo de desgracias, había llovido en la noche, de suerte que teníamos que vencer todas las dificultades del mundo para salir de la llanura y que no se podía hacer galopar á las mulas para trepar á las rocas. El primer ensayo fué lamentable pues sólo llegamos á la mitad del declive para retroceder hasta el fondo. Era aquel un desastre.

No era posible avanzar; el caballo amarillo, desesperado, no tiraba ya y fué preciso que los tres, Reyes, mi

criado y yo, nos pusiéramos á ayudarle. Por una ó dos veces, esto no importaba; pero pensando en que aún nos faltaban por andar más de veinte kilómetros de aquel hermoso camino y que las colinas se hallan cuando más á doscientos metros una de otra, era fácil calcular que tendríamos necesidad de volver á bajar noventa veces y de arrastrar otras tantas el *bolan-koché*, luchando con los mismos obstáculos.

Estábamos meditando en nuestra desgracia cuando la Providencia nos envió un auxilio inesperado.

Al descender de una de las pequeñas colinas, divisamos, á veinte pasos delante de nosotros, una mula maravillosa: alta, gorda, robusta y magnífica, tenía fuerzas bastantes para llevarnos por sí sola hasta el término de nuestro viaje. Parecía tan mansa, con sus grandes y tranquilos ojos y sus largas orejas vueltas hacia nosotros, que dije al punto á Reyes:

—¡Hé allí nuestra salvación!

—¿Cómo así? replicó.

—Sencillamente vas á apoderarte de esa mula: verdad es que no te pertenece, pero hay fuerza mayor, y si por un caso extraordinario encontramos á su dueño, yo respondo de todo y le pagaré lo que sea necesario.

—Está bien.

Nos detuvimos y Reyes bajó.

La mula miraba lo que hacíamos con cierta curiosidad; pero cuando Reyes hubo puesto pié en tierra, concibió al parecer una vaga sospecha y huyó. "¡Bah!, dijo aquél, ya veremos." Tomó uno de los tres sacos destinados á las bestias, que estaban llenos de apetitoso maíz, y se adelantó con la sonrisa en los labios y haciendo sonar suavemente los granos de una manera encantadora. Al oir este ruido conocido, la mula dió la vuelta, olfateó el aire, alargó el cuello por el lado del saco y nos hizo escuchar un relincho de alegría.

Sin embargo, Reyes se acercaba á ella; con la mano izquierda le tendía su saco en actitud de pedir limosna y con la derecha ocultaba tras sí una cuerda traidora. La mula reflexionaba seguramente, pues sus orejas se entregaban á una pantomima desordenada; aunque resuelta á ver el fondo del saco, conservaba una duda y desconfiaba.

Reyes se aproximó á dos pasos de distancia y ella, sin moverse, siguió olfateando el maíz cuyo armonioso ruido halagaba tanto á su paladar como á sus oídos; luego, cuando sólo hubo un pié de distancia, retrocedió. Pero había visto el grano, y su codicia, excitada ya, hizo inútil toda desconfianza. Metió el hocico en el saco y la cuerda de Reyes cayó sobre su cuello; la linda bestia estaba cogida. Inmediatamente se la enganchó en lugar del caballo amarillo que fué amarrado detrás del carruaje, y partimos.

¡Hurra! Ante aquella mula cesaron los obstáculos; atravesábamos los montículos con la propia facilidad con que salva las crestas de las olas una barca, impulsada por viento favorable; fuimos á pasar la noche á Quintana Roo, pero préviamente habíamos vuelto la mula á su querido monte.

Una vez en Mérida, arreglo mis clisés y salgo al punto para Campeche. El ferrocarril que ha de ligar un día á las dos ciudades nos lleva á Chocholá; la distancia es de treinta y dos kilómetros y la vía está bien construída. En Chocholá volvemos á tomar el clásico *bolán*; el camino es hermosísimo y como tengo un excelente tiro, vamos con la ligereza del viento. Nos desayunamos en Maxcanú para ir en seguida á dormir á Calkiní. Asisto en la noche á un baile y á una conferencia con los sabios del lugar; uno de ellos me presenta un vaso antiguo que, á

pesar de todos mis cuidados, no he podido traer intacto.

Emprendemos de nuevo la marcha á la una de la mañana con objeto de alcanzar en Pomuch un tranvía que sale á las siete.

Llegamos y encontramos el tranvía, bien construído por cierto, en el monte, fuera de la población; había allí un pequeño vagón, sin mulas ni conductor. Amontonamos nuestros equipajes en el interior del carro y aguardamos paseando la hora de la partida. Sitiados como estábamos por nubes enteras de mosquitos negros é imperceptibles, molestos como la sarna, el tiempo nos parecía muy largo.

Entretanto me preguntaba qué especulador imprudente había construído aquel tranvía y con qué objeto. Las transacciones son absolutamente nulas, pues no había indicio alguno de mercancías ni otros pasajeros que nosotros; y en cuanto á mí,

por el mismo precio me hubiera llevado mi carruaje á Tenabo, que es el término del tranvía y está situado á ocho kilómetros de distancia. En resumen, sólo pude explicarme este misterio suponiendo una subvención del gobierno central, en cuyo caso no era el tranvía más que un *job*, como se dice en los Estados Unidos.

Por fin, como á las siete de la mañana, apareció el cochero, conduciendo á su mula; seguíale una vieja, con la cual llegó á tres el número de los viajantes. Partimos; en Tenabo, nuevo trasbordo. Un gran carro de cuatro ruedas va á llevarnos hasta Vista-Alegre, donde tomaremos el ferrocarril de Campeche, que hoy tiene de extensión veinte y cuatro kilómetros y que en mucho tiempo no se extenderá más; vais á ver porqué.

En Vista--Alegre presencio un espectáculo, el más curioso que puede

verse....en materia de caminos de hierro. Estamos en pleno monte como en Pomuch: ni una aldea, ni una casa, ni siquiera una choza; ¿no es singular aquello en el extremo de una línea ferrocarrilera? Busco la estación; pregunto de ella al cochero, y éste me mira sorprendido, y exclama: ¿una esción? Ignora por completo lo que es una estación.

En cuanto al material, lo diviso en medio del camino; se compone de una locomotora vieja y muy deteriorada, de un vagón para los viajeros y de otro muy pequeño, para las mercancías. Aquel era el tren y el material de explotación.

Subo al vagón donde hago meter mi equipaje, y examino el extraño vehículo: está dividido en tres compartimientos, que representan las tres clases. En el primero, que carecía de bancos, se había dejado acumular un montón de basura, para significar que era el de tercera;

el otro estaba menos sucio, pero lo suficiente para representar la segunda clase; y el tercero, en fin, que representaba la primera, tenía bancos y había sido barrido probablemente en la semana anterior. Inútil era por lo tanto, señalar á la gente su lugar. Sin embargo, no descuidé proveerme de boletos y me dirigí á la oficina, situada en la orilla del camino, bajo un colgadizo. Pagué el valor de los boletos y ofrecí al estacionario y al conductor una copa de anisado que estrechó desde luego nuestras relaciones; por lo demás, era yo conocido. Llegaron algunos indios y se acurrucaron en tercera; en el departamento de segunda había dos lindas mestizas y en el de primera éramos cinco los pasajeros: una docena por todo. Dudo que haya habido otra vez en la línea tantos viajantes.

Pedí al conductor noticias del dividendo.

—¡Dividendo....! respondió con aflicción, las entradas no costean ni siquiera la leña que quemamos en la máquina.

—Sin embargo, no es grande vuestra máquina!

—Pero está enferma, muy enferma! añadió.

Muy pronto íbamos á verlo. Partimos. La línea es recta y el terreno llano; como no hay ni un arroyo, no hay por consiguiente obras de arte. La tarea del ingeniero debió ser muy fácil, tanto que no tuvo ni que construir su vía; había aprovechado el camino, que es hermosísimo, y sencillamente había colocado en él de un modo uniforme sus durmientes y sus rieles. Marchábamos pues, perfectamente; algo sacudidos, pero sin exceso; de pié en la plataforma, admiraba yo los bosques, sembrados de soberbias palmeras, de antiguas pirámides y de ruinas misteriosas, y contemplaba los frondo-

sos árboles, que, cargados de bejucos, formaban un panorama delicioso, cuando sentí que disminuía la velocidad del tren y oí que la máquina tosía como si estuviera tísica: era que en vez del camino enteramente llano que habíamos tenido hasta entonces, se alzaba ahora ante nosotros una pequeña colina.

El ingeniero no había creído conveniente hacer nivelación: ¡tantos montículos y de los más rápidos se atraviesan sin trabajo en México ó en los Estados Unidos, en las Montañas Rocallosas y en la Sierra Nevada! Pero el infeliz no había contado con su locomotora, que después de sudar, resoplar, silbar y gemir, acabó por dar sordos ronquidos.

El mecánico se lanzó al suelo y arrojó algunos leños bajo las ruedas de la máquina para acuñarla é impedir que retrocediese. Luego, él y el conductor procuraron á porfía hacer avanzar las ruedas con una palanca

de que estaban provistos. Trabajo inútil. Los viajeros, despavoridos, bajaron de los vagones y la máquina, descargada de algunas centenas de kilos, hizo un nuevo esfuerzo, adelantó algunos metros y se detuvo de nuevo. Conductor y maquinista lanzaban de cuando en cuando imprecaciones, dirigiéndonos miradas de desesperación.

"Señores, dijo el primero, la máquina está muy cansada: tengan la bondad de ayudarnos ó no pasaremos esta altura."

Toda la gente se prestó á dar auxilio, á excepción de un hombre gordo, con aires de importancia, que respondió:

"He pagado para que la máquina me arrastre y no para arrastrar la máquina."

Aquel hombre tenía razón; pero si cada uno hubiera hecho lo mismo, ahí estaríamos todavía. Muy pronto, con nuestra ayuda, el tren pasó.

Más adelante había una pendiente que bajamos con facilidad y así fué como llegamos á Campeche: acababa yo de atravesar toda la península.

Pero ¡qué asombroso ferrocarril!

VII.

Campeche.—"La Lonja".—El parque.—El muelle. — Venta de pescados. — Cazón y pámpano. — Hallazgo de un cementerio.—Partida para Jaina.—Mi palacio.—Historia probable de la isla.—Excavaciones y descubrimientos.—Urnas y cántaros.

Campeche es una ciudad pequeña y encantadora donde ya había tocado dos veces, pero sin detenerme. Ahora soy su huésped por algunos días y me veo precisado á tomar muchas noticias sobre las cosas que me conciernen; por lo demás, encuentro en la ciudad tan buena acogida que no puedo menos de alegrarme de estar en ella. *La Lonja*, establecimiento muy bien atendido, con

una sala inmensa, es el lugar á que llegan los viajeros. El fundador, á quien sus conciudadanos han dedicado una lápida de mármol en muestra de reconocimiento, es un Betancour, modificación española de *Béthencourt*, que desciende probablemente del Señor de Canarias.

En frente de *La Lonja* se encuentra la gran plaza, rodeada de una magnífica reja que se encargó á New-York; tiene el piso enlosado, le prestan su sombra hermosos árboles y está llena de flores, que á mañana y tarde riegan los sentenciados á prisión. A la derecha se alza la modestísima catedral; hacia la izquierda y á los piés del templo, se extiende el mercado, con sus vendedoras de legumbres y frutas, vestidas con sus trajes indios, casi iguales á los que se usan en Mérida; por el otro lado de la plaza se ve la casa municipal y volviendo de ahí á la izquierda, llegamos á la entrada del muelle, que

presenta en las mañanas uno de los espectáculos más animados.

Allí es donde se reunen los pescadores á vender su pesca, entre la cual se ven peces de todas formas y colores: rayas rayadas, blancas y negras; pejesapos ventrudos, pegajosos, horribles y de ojos grandes y saltones, que son deliciosos según las amas; anguilas, sierras, cangrejos, y el cazón, nombre bajo el cual se oculta la joven descendencia del tiburón vulgar y del tiburón de martillo. El cazón es el plato popular; la mayor parte de las familias pobres vive de cazón, es decir, de tiburones; y no se contenta con sólo los pequeños, pues he visto vender algunos que tenían más de dos metros de largo y que perfectamente hubieran devorado á su dueño.

Cada pescador, agachado sobre sus talones y con cuchillo en mano, abre, divide, corta y vende su mercancía con una actividad vertiginosa; se

ven á su rededor trozos de pescado que están todavía echando sangre y montones de entrañas que esparcen un olor acre y que con ansiedad espera una bandada de pequeños y hambrientos buitres. En cuanto al pámpano, no expone su vestido azul y oro con reflejos de púrpura en medio de aquella turba; no se detiene siquiera en el mercado, sino directamenta va á casa del rico, donde se le acoge con respeto por su sorprendente belleza, mientras hace con él la cocinera una obra maestra de delicadeza y de gusto.

Entre tanto, sabedoras algunas personas de que me ocupaba en estudiar antigüedades, me habian mostrado varios objetos: pequeñas estatuas, cuchillos de obsidiana, cuentas de collares, etc.

¿De dónde venían aquellos objetos? Un poco de todas partes; se me respondia; pero observé que los que

más amenudo me los traían eran los indios de una isla llamada Jaina.

—"¿Y dónde está situada esa isla de Jaina?" pregunté á mi corresponsal.

—"A ocho leguas al Norte de Campeche; y aquí tiene V. precisamente á su propietario," me dijo presentándome á Don Andrés Espínola, capitán del puerto.

Don Andrés me habló de su isla con entusiasmo, aunque, en suma, la visitaba con la menor frecuencia posible. Poseía allí una habitación, sirvientes y millares de cocoteros y de allí le venía todo en abundancia; era un paraíso terrestre, del cual, sin embargo, procuraba apartarse. En su opinión, toda la isla era de formación artificial y debía yo encontrar en ella mil y mil cosas interesantes.

—"Partamos al punto" dije á Don Andrés.

No partimos inmediatamente sino dos días después, es decir, á la vuelta de una canoa que hacía el servicio entre Campeche y la isla, canoa en la cual embarqué abundantes víveres para quince días y que les dió suficiente cabida. Don Andrés quiso acompañarme él mismo para presentarme á sus servidores. Habiendo salido de Campeche á las diez de la noche, impulsados por una fuerte brisa, llegamos á Jaina hacia las cuatro de la mañana. Al amanecer pude ver mi morada, que era un verdadero palacio. Un primer departamento, separado del edificio principal, daba frente al mar al propio tiempo que á un pequeño muelle que se empleaba para el desembarco; era una especie de galería, grande y abierta á todos los vientos, donde, acostados en hamacas, gozábamos á medio día del fresco de la brisa. Detrás, y ligada á aquella galería por un pabellón de trepadoras, se halla-

ba la casa de habitación, en buen estado y perfectamente cerrada, por ser las noches frescas. A la izquierda se levantaba la vivienda del mayordomo y bajo los cocoteros, á ambos lados, estaban esparcidas las chozas de los indios. Luego que mi criado Valerio y yo nos hubimos instalado, Don Andrés tocó la campana, y á esta señal, se reunieron en la galería el mayordomo y los indios. Don Andrés me presentó como dueño de la habitación, á quien durante mi estancia debería cada uno obediencia absoluta como á él mismo, y eso, sin remuneración alguna; después señalándome á uno de los hombres, añadió:

"Este se encargará de proporcionarle pescado fresco; aquel, de suministrarle ostras; esta (presentándome á una india muy graciosa) será su cocinera y todos esos hombres estarán á su disposición para las excavaciones que va á emprender. En las chozas en-

contrará U. huevos y aves domésticas á discreción; como necesita U. de agua para su mesa y la de la isla es mala, se le va á traer una centena de cocos, cada uno de los cuales contiene un gran vaso de agua fresca y aromática."

En resumen, yo era formalmente nombrado, instalado y consagrado gobernador de la isla de Jaina (iba á decir de la Insula Barataria). Tenía un palacio, una corte y cerca de cuarenta súbditos.

Como á la una del dia, cuando comenzaba á soplar la brisa, se embarcó Don Andrés en la canoa para regresar á Campeche; antes renovó sus recomendaciones á los indios, quienes se inclinaron, prometiendo obedecerme, promesa que cumplieron como es ordinario; la cumplieron tan mal.... pero no anticipemos los sucesos.

Ya que el amo se hubo alejado, to-

dos aquellos hombres se marcharon sin ocuparse más de mí. Había yo comprendido perfectamente que aquella frialdad glacial se debía á la falta de pago y que era esta falta el principal motivo de la indiferencia casi feroz con que los indios me trataban. Así pues, llamé al mayordomo y le hice entender que estaba en disposición de pagar á todos muy largamente su trabajo; asegurándole á él, Policarpo, cinco francos diarios y á cada hombre de los que emplease, cuatro reales (2. 50 francos) ó sea el doble de lo que ganaban ordinariamente.

Este paso arregló, á mi juicio, el asunto y Don Policarpo me protestó la adhesión de toda la isla.

Al día siguiente hicimos la primera excursión; fuí, seguido de algunos hombres, á recorrer mi reino para tener de él una idea general y tomé algunas vistas panorámicas.

La isla de Jaina está situada, como he dicho, á cerca de 32 kilómetros al Norte de Campeche; pasa por artificial á los ojos de la gente del país lo mismo que otra, más pequeña, denominada isla de Piedras, que se encuentra á 12 kilómetros al Norte de la primera y á la cual haremos más tarde una visita. La suposición de que estas islas son artificiales es una fábula como otras que circulan en las comarcas primitivas y es fácil reconocer á primera vista que si el terreno ha sufrido considerables modificaciones, la base de la isla es de formación calcárea lo mismo que toda la península yucateca.

La isla de Jaina tiene tres kilómetros de largo por 800 metros de ancho poco más ó menos y está separada de la tierra firme por un canal de 80 á 100 metros de latitud, que se seca cuando baja la marca, y en el

cual desemboca un arroyo llamado *Sácpool*, ó sea de cabeza blanca, porque el agua corre sobre un lecho calcáreo blanco.

Esta isla, en cuyo fértil suelo crece todo con abundancia según Don Andrés, no presenta ni señales de cosecha; se me asegura que, desanimados los habitantes por las contínuas invasiones de la langosta, han renunciado á todo cultivo. Emplean pues sus ocios en el corte de leña, que acopian en Jaina y remiten en canoas á Campeche. La isla carece de agua dulce, lo mismo que todo el Norte de la península, donde los indios construían cisternas, abrían pozos ó utilizaban los cenotes. Aquí el único recurso de los habitantes es un surtidor de agua dulce que brota en medio del mar, á unos treinta metros de la ribera, y que han encerrado en el tronco hueco de una palmera, pero el agua de esta

fuente se mezcla con la del mar, por más que se haga para impedirlo, y se vuelve salobre, y ese es el motivo que me obligó á beber agua de coco durante mi estancia en Jaina.

Oviedo había observado ántes este mismo fenómeno de fuentes en medio del mar en un sitio de la costa oriental que da frente á la isla de Cozumel, donde los españoles desembarcaron á su llegada al país; carecían estos por completo de agua cuando advirtieron en la mar fuertes borbotones de agua dulce y fresca y condujeron allí á sus caballos para abrevarlos. Aquella, como la de Jaina, era una vía de escape de la corriente subterránea que recorre á Yucatán; deben existir otras muchas fuentes del propio género en diversos puntos de la costa.

Debió ser la isla de Jaina en los primeros tiempos de la conquista un lugar santo á donde concurrían los

peregrinos de todas las comarcas próximas, pues posee cuatro grandes pirámides y ocho pequeñas, bases de otros tantos palacios ó templos. Estos santuarios debían ser de los más antiguos, porque los historiadores que nos hablan de Izamal, de Chichén y de Cozumel por orden de fechas, nada nos han dicho de Jaina; y es que para los lugares sagrados, como para todas las cosas, pasa la moda ó la manía: Jaina fué indudablemente olvidado por santuarios más modernos, como sucedió á Saint-Martin de Tours cuya fama fué eclipsada por el Mont—Saint-Michel, que á su vez cayó en olvido, en tanto que hoy vemos nacer la gloria de Notre Dame de Lourdes.

Jaina estaba consagrada además á las sepulturas y muchos cadáveres eran traidos de muy lejos para ser enterrados en ella, á juzgar por el

inmenso número de tumbas que se han encontrado, por la multitud de osamentas que he descubierto y por los millares de vasijas, ídolos, objetos de tierra cocida, pequeñas estatuas y restos antiguos que se han recogido y que han sido rotos, vendidos y diseminados por todas partes.

Esos vasos, esos ídolos y esas tumbas se descubren á veces por sí solos en las riberas oriental y septentrional de la isla; la mar está siempre haciendo excavaciones y cuando sopla un viento tempestuoso, ataca la tierra friable de las explanadas, provoca desplomes y descubre los restos. Mas la misma tempestad que hace aparecer esas antigüedades se encarga igualmente de destruirlas y cuando se ha restablecido la calma, sólo recogen los indios lo que ha podido escaparse de la ira de las olas; y por eso toda la ribera no es más

que un montón de conchas y de fragmentos de tierra cocida. Esto nos prueba que el mar estaba lejos en otro tiempo y que desbordándose, ha ganado gran parte de la playa. Más tarde me he cerciorado de ello, pues encontré en la mar la mayor parte de mis antigüedades.

Procedamos, pues, á la obra. Comenzé mis trabajos en la misma playa, cerca de mi casa, donde ya se habían descubierto sepulturas; es fácil reconocer tres de los lugares en que se han hecho excavaciones, y de donde se sacaron grandes urnas, de las que todavía sirven para conservar el agua en las chozas.

Estos sitios eran primitivamente señalados por grandes conchas, con la parte puntiaguda en tierra y la ancha al nivel del suelo. Nosotros hemos hallado la propia costumbre en la Baja California, donde los indios marcaban el sitio de sus tumbas,

no con conchas, sino con huesos de ballena.

El terreno, como se ve, ya había sido explotado por la gente de la isla. En lo concerniente á mí, los trabajadores consagraban á su obra una diligencia problemática; evidentemente no les gustaba aquel trababajo.

En el primer día, sólo encontramos fragmentos; en el segundo, descubrimos el cántaro que representamos, en compañía de dos urnas precedentemente halladas en los mismos lugares y que recogí en las chozas, donde aun servían para el mismo uso que en otro tiempo se les daba. Contenía la grande las osamentas de dos individuos mezcladas con diversos objetos: puntas de lanzas, cuchillos de obsidiana, hachas de piedra, etc. Esto es palmaria prueba de que se debió llevar la urna con los huesos despojados ya de su carne,

puesto que no se hubiera podido encerrar en ella á los cadáveres. En cuanto al cántaro, es de forma elegante, y la guarnición de lindos florones que lo adorna, indica que debió pertenecer á la hija de algún jefe que, como una simple campesina ó como la Princesa Nausicaa, iba en otra época á llenar su cántaro en la fuente.

VIII

El interior de la isla.—Abandono de mis hombres.—Pescadores de cazón.—Víveres frescos.—Caracoles, garzas, pelícanos.—Caza del manatí.—Abundancia.—Pibi-cochinita.—Nuevo personal y nuevas excavaciones.—Pequeñas estatuas y alhajas.—La isla de Piedras.—Paredes maestras construidas de conchas.—Fin.

En los días siguientes hice excavaciones en el centro de la isla para estudiar su suelo y tomé desde lo alto de una pirámide una hermosísima vista de su extremo Norte, donde dos cabañas rodeadas de palmeras ofre-

cen un asunto encantador. Más allá se encuentra la tierra firme.

La isla de Jaina me recuerda la de Belloté á la cual hice una visita en 1881 y que según mis investigaciones, está formada en gran parte de restos de cocina, que utilizaron los civilizadores para fabricar el mortero de sus monumentos.

Tanto abundan en la corteza de Jaina los restos de cocina y de vidriados, que podría decirse de ella que es en efecto artificial.

Sondeando al pié de una pirámide hasta un metro y cincuenta centímetros de profundidad, hallé mezcladas con la tierra conchas de varias especies entre las cuales abundaban grandes y excelentes caracoles (los he gustado) y una multitud de fragmentos de tierra cocida, de colores variados ó cubiertos de dibujos, que coleccioné.

Las pirámides y las explanadas

ocupan una inmensa superficie, se componen de un especie de molasa ó tierra calcárea y están reforzadas con piedras labradas que han aprovechado los isleños para construir las paredes y empedrar los suelos de sus casas; allí se ha descubierto una columna de varios metros de altura y cincuenta centímetros de diámetro y muy cerca de ésta encontré dos enormes losas llenas de inscripciones cuyos caracteres, *katunes*, dispuestos en cuadro como los del Palenque, reproducen figuras de hombres y animales mezcladas con signos jeroglíficos conocidos. Dichas inscripciones se hallan en muy mal estado, lo mismo que dos grandes figuras esculpidas en el reverso de las mismas losas. Los templos que debían coronar las pirámides no han dejado de sí la menor huella.

Para asegurarme de la formación del suelo, no me hubiera visto preci-

sado á hacer excavaciones; me hubiese bastado examinar el pié de los cocoteros, cuyas raíces filiformes, cruzadas como los hilos de una red, salen de la tierra cuando crecen. Esas raíces bulbosas formaban una singular aglomeración de conchas, piedrecillas y fragmentos de vidriados, que la cepa de la palmera había descubierto.

Mis trabajos marchaban con lentitud y los hallazgos eran raros; al borde de las explanadas sólo se encontraba un cúmulo de ruinas y de osamentas podridas, pero pocas piezas enteras ó ninguna. Todo estaba destruído por la presión.

Quise comenzar á romper una pirámide y ese fué el fin de mi reinado. Mi cetro, hasta entonces vacilante, se hizo pedazos sin remedio, pues los indios se negaron por completo á obedecerme: promesas, amenazas y ruegos, todo fué en vano.

La antipatía de aquellos hombres hácia el trabajo que de ellos solicitaba, no reconocía como sola causa el horror con que miran todo cambio de costumbres, sino también el miedo que tienen de tocar los monumentos antiguos; el mayordomo me explicó el hecho y me refirió que algunos años antes, cuando aquellos mismos hombres estaban cavando una de las pirámides para sacar de ella materiales de construcción, había caído muerto uno de ellos. Desde aquel día renunciaron á semejante trabajo, pues, según me decía Policarpo, era el alma de los antiguos la que había herido al trabajador.

Y añadía el mayordomo: "Muchas veces se ha visto á un enano que durante la noche sale de una pirámide para entrar en otra y que á ciertas horas se trasforma en gallo ó en cocodrilo.... Es, por lo tanto, una verdadera imprudencia romper los antiguos edificios."

Tenía yo que callar.

Suponía, sin embargo que no era la leyenda el único motivo de la rebelión, pues mis otros súbditos no ponían mayor empeño en servirme. El pescador, por ejemplo, se marchó un día á la pesca y me trajo algunos pececillos, pero no volvió. La isla, aquel paraíso terrestre en que debía encontrarlo todo, no me proporcionaba nada. Las aves domésticas abundaban, pero sus propietarios no quisieron venderme una sola; compré, no obstante, huevos durante mi permanencia en la isla, mas únicamente docena y media y á peso de oro. Sólo tuve un servidor desinteresado: mi cocinera, que, siempre jovial y graciosa, preparaba lo mejor que podía las provisiones que que le entregaba. Por otra parte, aunque mi pescador me rehusaba sus buenos oficios, no por eso carecía yo de cazón, pues las islas y aún la

gran galería servían de refugio y de taller á dos jóvenes pescadores de tiburones que pasaban la noche en el mar y el día en la playa preparando su pescado. ¿Dónde y cómo dormían? Jamás lo supe. Llegaban á las diez ó á las once, abrían y vaciaban sus pequeñas lijas, y las aplanaban hasta dejarlas como una torta; encendían luego una gran hoguera y en un zarzo colocado sobre ella, ponían el pescado; al cabo de algunos minutos, el cazón, medio cocido, acababa de secarse con el calor del sol. Aquel sistema era primitivo; pero con una salsa de tomate (abundan en la isla los tomates) ¡cómo se dejaba comer el joven tiburón!

No era eso todo: Don Policarpo me llevaba raíces de paletuvios cargadas de millares de pequeñas ostras, imposibles de abrir ciertamente, pero que puestas al fuego, se abrían al punto por sí mismas. Valerio y yo

recogíamos por centenas de aquellos gruesos caracoles, (media docena de los cuales bastaba para saciar á un hombre) que, cocidos durante seis horas en agua de mar, hacían un manjar coriáceo, pero sabroso. Por otra parte, tenía yo la caza de baja marea en el banco de arena que claramente se descubría al norte de la isla; en ese banco se hallaban millares de gaviotas, garzas, chorlitos y pelícanos; estos últimos son raros, difíciles de cazar y tan duros que tuve necesidad de renunciar á ellos. Mas un acontecimiento importante de diversa especie vino á romper la monotonía de nuestra vida, llenando de alegría nuestros corazones y de abundancia las chozas de mis pseudo-vasallos. Ese gran suceso fué la captura de dos manatís hecha con dos días de intervalo por uno de los indios de la isla.

Colocado en la cima del banco de arena, veo aún á aquel hombre y á

su ayudante seguir con paciencia una pista desde una piragua mínima, apenas capaz de contenerlos; veo que lanzan su arpón, que se produce un hervor violento en medio del mar y que luego se desliza la piragua como una flecha remolcando un pez monstruoso. ¿Por qué milagro de equilibrio se mantienen de pié esos hombres en un esquife semejante, lanzado sobre las olas con tal celeridad? Veo que otros ojos los siguen desde la ribera y escucho los gritos de *¡manatí! ¡manatí!* cuya significación no entiendo; muy pronto modera su marcha la piragua, otro arpón provoca una conmoción nueva y las exclamaciones triunfantes de *¡manatí! ¡manatí!* llegan otra vez á mis oídos. La piragua se vuelve á detener; observo siempre, sin comprenderla bien, la maniobra de los indios; se inclinan, se levantan de nuevo como izando un gran cebo, y sacan un cable; pero la presa está

lejos y los esfuerzos que al parecer hacen, indican la corpulencia del monstruo. Al fin, los ví dirigirse á tierra, dueños ya de su presa; corrí como toda la gente, al sitio á que debían abordar y allá ví que sacaron á la playa un gigantesco manatí. Estaba muerto, y cuando fué necesario izarlo en tierra firme, ocho hombres, provistos de cuerdas, tiraron de él: pesaba más de trescientos kilógramos. ¡Qué alegría! qué gritos! ¡con qué extremos fué recibido el cetáceo!

Al cabo de dos días, la fortuna favoreció á los isleños con otro manatí: el macho y la hembra eran del mismo grosor y había, por consiguiente, carne, vianda, abundancia para más de un mes! Presenció la operación de descuartizar á aquellos pobres é inofensivos animales, la cual fué breve. Tres hombres, armados de cuchillos, desprendieron el cuero, grueso como la piel del hipo-

pótamo; cortaron la cabeza, las aletas y la cola; y dividieron el resto en pedazos de tamaños diferentes, los cuales fueron en seguida partidos en largas tiras que se pusieron á secar al sol. Cada habitante hizo su provisión por un precio módico y yo á mi vez compré un enorme solomo en veinte y cinco centavos. En cuanto á la cabeza, las aletas y la cola, estaban destinadas á la confección de un plato nacional llamado *pibi-cochinita*, igual á la *barbacoa* de las altas mesetas. Se hace en tierra un grande agujero, se amontonan en él leña y carbón que se calientan como un horno y se colocan encima los despojos de la bestia envueltos en hojas de plátano; se ponen sobre el conjunto ramas, que se cubren con tierra, y veinte y cuatro horas después, están saboreando el plato los aficionados. Pero yo no me deleité tanto como esperaba á pesar de que se me sirvieron trozos escogidos; mi solomo, con

el cual contaba, fué para mí un desengaño; mas la vida está llena de estos y realmente no me arrepentí de haber conocido aquel nuevo manjar.

En otra época rebosaba el golfo de México en manatíes que se alimentaban con las algas y las demás plantas marinas que entapizaban las pendientes suaves de sus orillas; y se atribuye á la casi total desaparición de este mamífero el origen de la fiebre amarilla, porque los miasmas que la engendran son emanantes, según dicha teoría, de las algas descompuestas que ya no comen los manatíes.

Atribúyese también al cuero de este cetáceo, que siento no haber conservado, una virtud particular. Se dice que son muy peligrosos los bastones fabricados con él, pues se pretende que cualquiera herida causada por un golpe dado con ellos es incurable y acarrea la muerte. Esta es

una historia que circula hasta ahora, no en la isla, donde es desconocida, sino en la Habana, donde se vende á peso de oro un bastón de cuero de manatí.

Sin embargo, no había venido á Jaina á llevar la vida de un Robinsón suizo ó de un *gentleman farmer*, (*) sino á buscar antigüedades; y por eso tuve que consagrarme al trabajo y me ví precisado á tomar otro camino ante la decidida resolución de mis servidores de no hacer nada más. Hice convocar á son de corneta, y corneta es la palabra, hice convocar por medio de Policarpo á todos los habitantes de la isla y les hice saber que en adelante, por cada vaso, hacha, estatua ú otro objeto que se me trajera, pagaría como prima de uno á cuatro reales, ó sea de sesenta céntimos á dos francos y medio, según la importancia del hallazgo.

Esta proclama hizo maravillas,

(*) Hacendado.

pues al trabajo obligatorio sustituía el trabajo facultativo; al día siguiente por la mañana todos se pusieron á trabajar, y fueron las mujeres y los niños quienes hicieron los más valiosos descubrimientos.

Provistos, ya de un machete viejo, ya de un simple trozo de madera recia, íbamos cuando bajaba la marea, en la mañana y en la tarde, á excavar la ribera del mar; abríamos hoyos al azar y de la húmeda lama, desenterraban los indios platos como los tres que aquí representamos. Son platos funerales, agujerados generalmente en el centro y adornados en su mayor parte con pinturas rojas imitando liras ó palmas; el de en medio es gris, pero todos se parecen en la forma á los jarrones funerarios que he recogido en mi cementerio de Teotihuacán.

Diariamente había nuevos descubrimientos: aquí pequeños objetos mezclados con osamentas también

pequeñas (recuerdos de niños pobres), toscas vasijas y figuras de animales fantásticos, bosquejadas apenas: más allá, encuentro un tigre, lindo juguete de algún niño rico, pintado de amarillo y con el cuerpo sembrado de manchas rojas, mejor modelado que las ovejas y las vacas de la isla de Chipre ó de la antigua Grecia.

Descubro también pequeño vasos, que se empleaban como depósitos de joyas, y muy cerca, granos de collar de piedra verde, de ágata y de concha, y tres pequeñas cabezas admirablemente modeladas. Junto á unas grandes tibias, hallo el hacha grosera de un labrador, otras osamentas y toda una colección de cuchillos é instrumentos de obsidiana. ¿Pertenecerían éstos á un cirujano ó á un barbero? ¡Qué delicadas serían sus manos para sangrar con tan frágiles láminas sin dejar fragmentos en la herida! Cada objeto nos refiere la historia de su antiguo propietario.

Esta hacha soberbia de sílice pulida es, sin duda, arma de algún príncipe. En efecto, la pequeña y linda estatua que muy cerca de ella descubro, entre osamentas, representa á un cacique en traje de ceremonia: ciñe su cabeza un adorno en forma de corona, en el cual sobresale el hermoso aderezo de plumas yucateco: decoran dos pendientes sus orejas, un collar de piedras su garganta y dos pulseras sus brazos; y viste su cuerpo larga túnica sobre la cual se ostenta una coraza de algodón primorosamente labrada. La figura está modelada con tal perfección que se la puede reputar como un retrato. Más lejos encuentro otra pequeña estátua, de carácter muy diferente, y junto á ella, un cuchillo de sacrificio, de sílice; debe representar aquella á un sacerdote, ó *ahkin*, y así lo reconozco en los largos cabellos que caen sobre sus espaldas, mezclados con sangre coagulada, y en la ropa

talar de que se halla revestida. Mas en las exageradas facciones del personaje figurado, en la prótuberancia del arco de las cejas, en la enormidad de la nariz, en la inmensidad de la boca, se ve fácilmente que no es la estatua un retrato sino una caricatura.

¿No es cosa singular el descubrir en los indios esta tendencia, universal puede decirse, que en todos los países y aun entre las razas más creyentes, inclina á los artistas populares á caricaturar á las clases religiosas? El caso que aquí consignamos no es raro; habíamoslo ya observado en las regiones elevadas del país y vemos reproducido el mismo hecho en otras muchas partes: en China, donde se representa á los bonzos con espantosos mamarrachos, en el Japón, en la India y en Europa. Sólo una raza parece estar al abrigo de ésa costumbre irreverente, la raza musulmana; pero débese esto á la

sencilla razón de que la religión le prohibe reproducir la figura humana; sin lo cual, tendríamos indudablemente caricaturas de morabitas y derviches y tal vez hasta la del gran Muphti.

Mas todos esos productos extraños en Yucatán, sílice, obsidiana, *chalchihuitl*, ágata, etc., nos demuestran cuán frecuentes y contínuas eran en otro tiempo las relaciones entre la península, Tabasco y las altas mesetas de México. Sahagún refiere, por otra parte, cómo partían de la Capital ricas compañías de comerciantes y pasaban un año en su viaje á la tierra caliente, á donde traían sus productos, y de la cual llevaban á su vuelta cacao, algodón y telas; hoy todavía, los comerciantes indios de Guadalajara emprenden el propio viaje en borriquillos, despreciando el ferrocarril, hacen el propio comercio de la propia mane-

ra, y tardan un año en camino, á semejanza de sus antecesores.

Una vez terminados mis trabajos, visité la isla de Piedras, que se encuentra á doce kilómetros al norte de Jaina y á la cual me condujeron en su canoa mis jóvenes pescadores de cazón. Dicha isla, mucho más pequeña que la otra, apenas tiene una extensión de quinientos metros de longitud por trescientos de latitud; era, como Jaina, un lugar sagrado, pues en ella se advierte un inmenso terraplén artificial, cuyo revestimiento de piedras labradas, hoy dispersas por la playa, ha sido causa de que se conozca á la isla con su nombre moderno de *isla de Piedras*.

Arribamos á ella con un fuerte viento del norte cuyos efectos son muy notables en la vista instantánea que tomé de la playa, donde algunos comerciantes han establecido una estación de pesca; es el propio motivo de siempre: chozas cubiertas

de paja y abrigadas por cocoteros.

Visito la explanada, que se alza á tres ó cuatro metros sobre la ribera, y en ella no veo el menor rastro del templo: todo ha desaparecido. Formada de materiales idénticos á las pirámides de Jaina, ofrece la explanada una rara particularidad: los constructores la han sembrado de tabiques construídos de conchas, habilísimamente colocadas.

Por el costado norte es por donde mejor se pueden examinar esas construcciones originales, pues las olas del mar, batiéndolo con violencia, han destruído el revestimiento de piedras de la pirámide y han descubierto el interior de esta, en el que se observan, por diversos lados, ciertas porciones de aquellas paredes de conchas.

El procedimiento era sencillo: como la cal corrompida y mezclada con arena era muy friable, se introducían en la tierra las partes pun-

tiagudas de las conchas y las anchas se apilaban naturalmente como ladrillos ó asientos de botellas. Este es, en todo caso, el único ejemplo de semejante género de construcción que se ha consignado en Yucatán y fué simplemente la falta de piedras la que impulsó al constructor á utilizar los millares de conchas que se encontraban en la isla ó en sus cercanías.

Con esto dejo terminada mi excursión, que es la última, y me despido de mis amables lectores.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

I. — Extremada le parece á M. Charnay la lentitud con que marcha el ferrocarril de Peto, que en 1882 lo condujo hasta Acancelı y cuatro años después lo llevó únicamente hasta Lepán, á cinco kilómentros más de distancia; y añade que todos se preguntan con inquietud cuántos siglos

le serán necesarios para llegar á Bacalar, que ha de ser el término de la vía.

En lo precedente padece el distinguido viajero un no leve error, debido sin duda á falta de exactos informes sobre el asunto: porque si es cierto que en 1886 sólo fué conducido hasta Lepán por el ferrocarril de Peto, de allí no se deduce que aquel punto era el término de la parte construída, hasta entonces, sino solamente que lo era del tren en que hizo su viaje M. Charnay. De otro modo no pudo ser, pues sabemos que en 15 de Setiembre de 1886 se inauguró el tramo de Hunabchén, lugar distante cincuenta y ocho kilómetros de esta ciudad y treinta y tres de Acanceh; además, Lepán dista trece kilómetros de esta última villa, y no cinco como asienta el escritor francés, y no es Bacalar sino Peto, el punto en que debe finalizar el citado ferrocarril.

Por estas rectificaciones se ve que la marcha de la referida vía férrea no es tan lenta como del relato de M. Charnay se desprende.

II.—Grandes elogios hace el viajante del mayordomo de Lepán, el cual le encantó por su exquisita amabilidad y por el interés y abnegación con que estaba consagrado á la enseñanza de los niños de la hacienda. Justo es consignar en la presente obra que la persona aludida por M. Charnay es el Sr. D. Cenobio Leal, quien, según nuestras noticias, es ciertamente un honorable caballero, nativo de la ciudad de Izamal y educado por el Ilmo. Sr. Obispo Carrillo, entonces sólo presbítero.

Haremos notar de paso que el nombre de la hacienda *Lepan* pertenece á la lengua maya y tiene una significación que se enlaza íntimamente con nuestra historia antigua; pues, en opinión de nuestro ya cita-

do Obispo, *Lepan* quiere decir "Bandera izada" así como *Mayapan* significa "Bandera de la Maya."

III.–Dice M. Charnay que en México son designados con el nombre de *bejuco* los filamentos que dejan caer ciertos bejucos [*lianes*] después de haber trepado á la altura de los árboles que les sirven de apoyo. No está demás observar que la voz *bejuco* no es un provincialismo de México como tal vez quiso darlo á entender el reputado arqueólogo: así llama el Diccionario de la Academia Española á las plantas trepadoras de que habla M. Charnay y por traslación se da el propio nombre á las distintas fracciones de las mismas plantas.

IV.— Sin ruborizarse asienta el autor que pertenece á las filas de la franc–masonería; ¿no conocerá las recientes y ya popularísimas obras que sobre aquella criminal asociación ha publicado su compa-

triota Leo Taxil? ¿no sabrá que este célebre francmasón, antes Grado 33 y Soberano Gran Inspector General, ha descubierto ya á la faz del mundo las ridículas prácticas, las cínicas mentiras, y los infames delitos de esa tenebrosa secta, que rinde, aunque velado, verdadero culto al espíritu del mal? ¿no comprenderá que en virtud de tan importantes revelaciones, salidas del seno mismo de las logias, ha caído ya la careta de sociedad filantrópica con que se presentaba la falaz masonería?

Por fortuna, si no han llegado hasta el escritor francés las solemnes y públicas confesiones del famoso detractor de Pío IX, son ya, en cambio, conocidas de la católica sociedad yucateca que, prudente y fiel, sabe apreciar en lo que valen los fines *benéficos* y *humanitarios* de la secta masónica y no considera un título de gloria el dictado de francmasón.

V.—Al citar M. Charnay la fábula maya *La paloma y la ardilla*, dice que la ha publicado en *su obra* el Illmo. Sr. Carrillo; como se deben numerosos trabajos á lanotable fecundidad del autor citado, es conveniente advertir que aquella fábula vió la luz en su *Historia Antigua de Yucatán*, página 558.

VI.—Opina el arqueólogo francés que los mayas no usaban de caracteres especiales para extender y divulgar sus comedias, fábulas y poesías, objeto para el cual no bastaba su escritura figurativa; y niega, por tanto, que hayan tenido aquéllos escritura fonética.

Origen de numerosas dudas y vacilaciones ha sido esta cuestión entre los americanistas, que no admitieronal principio la existencia deuna escritura maya verdaderamente fonética, que más tarde, á la aparición del manuscrito del Padre Landa descubierto por Brasseur de Bourbourg en

el archivo de la Real Academia de la Historia de Madrid, creyeron con el distinguido Abate en un sistema completo de caracteres fonéticos y que recientemente, gracias á los estudios relativos del sabio Léon de Rosny, han podido, por fin, asegurar la existencia en la escritura maya de verdaderos signos fonéticos, aunque en limitado número y en combinación con los figurativos é ideográficos.

Citaremos para ilustrar la materia algunos pareceres. El Illmo. Sr. Carrillo y Ancona, cuya opinión es muy respetada y respetable, asevera en su obra ya nombrada (*) "que el idioma yucateco tuvo desde muy antiguo, no sólo su representación geroglífica, sino verdadera escritura fonética," fundándose en este pasaje de Landa: "Usaba tambien esta gente (los mayas) de ciertos caracteres ó letras, con las cuales escribian en

---

[*] Historia Antigua de Yucatán, pág. 586

sus libros sus cosas antiguas, y sus ciencias, y con ellas y figuras y algunas señales en las mismas figuras entendian sus cosas, y las daban á entender y enseñaban (*).

Confirman el aserto del Obispo Landa las palabras del sacerdote español Fray Alonso Ponce, quien, refiriendo un viaje que dió por Nueva España en 1586, es decir, poco después de la conquista, se expresa así de los antiguos mayas: "Son alabados de tres cosas entre todos los demas de la Nueva España, la una de que en su antigüedad tenian caracteres y letras con que escribian sus historias y las ceremonias y orden de los sacrificios de sus ídolos y su calendario, en libros hechos de corteza de cierto árbol.... Estas letras y caracteres no las entendian, sino los sacerdotes de los ídolos, (que en aque-

---

[*] *Relación de las cosas de Yucatán*, párrafo XII, apud Brasseur.

lla lengua se llaman "ahkines") y algun indio principal. Despues las entendieron y supieron leer algunos frailes nuestros y aun las escribian.' (*Relacion Breve y Verdadera de Algunas Cosas de las Muchas que Sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce, Comisario General en las Provincias de la Nueva España, página* 392 (1)

El filólogo norte-americano Daniel G. Brinton admite asimismo la existencia de caracteres fonéticos en el sistema gráfico de los antiguos mayas, según el breve folleto relativo que ha publicado hace poco, (2) y de un modo semejante se expresan el Profesor Cyrus Thomas, en su *Study of the M. S. Troano*, el Profesor Forstemann, de Dresde, y el Doctor Schellas, en su Ensayo sobre el Codex de Dresde, citados por el propio Brinton (3).

---

[1] *The Maya Chronicles* by Daniel G. Brinton, M. D. Philadelphia, 1882.

[2] *The Phonetic Elements in the Graphic System of the Mayas and Mexicans.*

[3] Op. cit. pág. 6.

En el mismo sentido que nuestro sabio Obispo Carrillo y Ancona se expresa el erudito historiador mexicano Lic. D. Manuel Orozco y Berra, individuo de las Academias Españolas de la Lengua y de la Historia, del Congreso internacional de Americanistas y de varias corporaciones arqueológicas. "La primitiva historia de Yucatán, dice Orozco, es trunca y confusa. Admira semejante deficiencia, pues los pueblos de la península eran verdaderamente civilizados, poseían una escritura fonética para perpetuar las hazañas de sus héroes y los trastornos de sus monarquías; sus sacerdotes eran los historiógrafos de las ciudades, y á nuestros tiempos llegaron algunos de sus artísticos manuscritos." [*]

El Abate Brasseur de Bourbourg, uno de los fundadores de la Socie-

[*] Historia antigua y de la conquista de México. Tomo II, página 499.

dad Americana de Francia, miembro de la Comisión científica de México nombrada por el Gobierno de Napoleón III y autor de notabilísimas obras sobre las antiguas naciones civilizadas de América, avanzó hasta creer, según hemos indicado antes, que poseían los mayas un sistema general de caracteres fonéticos y aun pretendió interpretar el *Codex Troœnus* tomando como base el alfabeto de Landa, que consideraba por otra parte incompleto, y en el cual veía, sin embargo, la llave de la interpretación de los manuscritos mayas. Copiaremos sus mismas palabras de la obra que como fruto de sus estudios publicó en 1869 [*]. Refiriéndose á la escritura de los mayas y los mexicanos, dice: "¿Cuál era esta escritura? Es indudable que se trataba de una escritura

[*] *Manuscrit Troano. Etudes sur le système graphique et la langue des Mayas. Paris. Imprimerie Imperiale. MDCCCLXIX.*

fonética. Bastantes pruebas se han dado ya de dicha afirmación para que sea necesario insistir más á este respecto. El alfabeto conservado por Landa y que reproducimos después textualmente es el testimonio más positivo que puede darse de aquel aserto. Según los ejemplos citados por este escritor, no se puede declarar, sin embargo, de un modo absoluto que los mayas tuviesen una manera de escribir enteramente fonética, aunque todo inclina á creerlo." [*] En otro pasaje, después de analizar los diversos signos del alfabeto de Landa, dice el mismo Brasseur: "Ni siquiera se puede poner en duda que Landa haya reproducido aquí de un modo equivalente los varios sonidos existentes en la lengua maya. Pero no es menos cierto que su abecedario es incompleto, pues con los ejemplos que aduce atesti-

[*] Página 35.

gua él propio que además de los caracteres fonéticos ordinarios, que pueden ser usados alternativamente como alfabéticos ó monosilábicos, había otros que eran puramente silábicos." [*]

Por último. el insigne orientalista y americanista M. Leon de Rosny, quien es acaso el que ha hecho estudios más profundos sobre la escritura hierática maya, acepta igualmente la existencia de caracteres fonéticos en el sistema gráfico de los antiguos yucatecos, aunque sin dar al mentado elemento la extraordinaria importancia que le asigna M. Brasseur. En su magnífica obra *Ensayo sobre la interpretación de la escritura hierática en la América Central*, traducida por el reputado arqueólogo español D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, miembro de las Reales Academias de la Historia y

[*] Páginas 68 y 69.

de Bellas Artes, y recomendada y elogiada por las Academias Españolas de la Lengua y de la Historia y por los más sabios americanistas, asienta como conclusión de sus prolongados y detenidos estudios que la escritura hierática yucateca se compone:

"1º De *signos figurativos*, expresando el objeto que se quiere representar, con más ó ménos exactitud y más ó ménos abreviadamente.

2º De *signos ideográficos*, expresando ciertas palabras ó ciertas ideas derivadas y convencionales. A estos signos probablemente hay que añadir katunes de sentidos combinados, es decir, aquellos cuya significación proviene de la asociación de muchas ideas representadas de una manera figurativa.

3º De *signos fonéticos*, indicando un sonido derivado del de la imágen que representan." [*]

[*] Página 66.

Digno es también de ser citado el parecer del docto traductor de Rosny, quien reconoce en el tan nombrado abecedario de Landa todo el mérito que posee y juzga plenamente demostrado con el pasaje del laborioso Obispo que ya conocemos, que los mayas tenían en su escritura caracteres fonéticos, figurativos é ideográficos. He aquí sus palabras:

"Para interpretar una escritura desconocida, hay que descubrir, ante todo, el sistema seguido en la escritura misma; y despues, el idioma que bajo ella se oculta. Lo primero es saber si hay en la escritura desconocida ideografismo, simbolismo, ó fonetismo, y hasta tener sobre esto ideas ciertas, no puede darse un paso adelante. Este es el gran servicio que ha prestado el manuscrito de Landa, presentándonos los caracteres fonéticos de los antiguos mayas, enseñándonos la manera de usar-

los, y al mismo tiempo diciéndonos que tenían tambien caracteres figurativos é ideográficos."

"Hay un pasaje en el manuscrito de Landa, en que no se han fijado los que se ocupan en su alfabeto; pasaje que demuestra, con brevísimas palabras, los tres elementos que componían su escritura. Dice así el celoso misionero español: *Vsauan tambien esta gente (los yucatecos) de ciertos carateres o letras con las quales escrivian en sus libros sus cosas antiguas, y sus sçiencias, y con ellas*, y *figuras y algunas señales en las figuras entendian sus cosas* y *las dauan a entender* y *enseñaban*.—Vemos, pues, que tenían caracteres figurativos (y *figuras*), caracteres ideográficos (y *algunas señales en las figuras*), y caracteres fonéticos (*ciertos caracteres ó letras*). No puede darse mayor claridad en la enunciacion del sistema de escritura de los antiguos yucatecos." [*]

[*] Prólogo de D. Juan de Dios de la Rada

En vista de tan autorizadas opiniones, no es, pues, permitido poner en duda que los mayas hayan empleado en su escritura signos verdaderamente fonéticos, es decir, caracteres destinados á expresar verdaderos sonidos y no á representar imágenes como los figurativos ó ideas como los ideográficos; y por otra parte, puede asentarse casi con certeza que aquellos signos no constituían un sistema completo de escritura fonética, sino tenían más bien el carácter de auxiliares de los figurativos é ideográficos y eran usados en combinación con estos para completar su significado.

VII.—Abundan en el suelo de Yucatán los depósitos de agua denominados vulgarmente *aguadas* y semejantes al que encontró M. Charnay en

---

Delgado á su traducción del *Ensayo sobre la interpretación de la escritura hierática en la América Central.*"

las ruinas de Tikoch; son estanques artificiales en su inmensa mayoría, y fueron construidos por los antiguos mayas para remediar la escasez de agua que por sus condiciones naturales ha padecido siempre la península.

VIII.—Fundado seguramente en exagerados informes, asienta M. Charnay refiriéndose al Coronel Traconis, que este "había exterminado á los rebeldes" en Tihosuco "en la brillante campaña de 1866" y que "era el jefe blanco más temido de los indios." Es inexacto que los salvajes hayan sido exterminados en Tihosuco: fueron sí rechazados por la guarnición que mandaba el Sr. Traconis y derrotados al fin por el Teniente Coronel Padilla, quien los obligó de tal suerte á levantar el campo. Carece también de fundamento la afirmación de que es aquel jefe el más temido de los indios, pues aun existen muchos héroes de la guerra so-

cial que, valientes y esforzados, han grabado su nombre en la memoria de los bárbaros con caracteres sangrientos.

IX.—Erradamente llama el autor catedrales á la iglesias principales de Valladolid y Campeche: ambas son únicamente parroquiales y pertenecen á la Diócesis de Yucatán cuya Iglesia Catedral se encuentra en esta ciudad de Mérida.

X.—Avanza demasiado M. Charnay al aseverar que "fué el pueblo maya el más duramente oprimido de de todos y el español, el más cruel de los vencedores" y que los primeros años de la conquista ofrecen sólo escenas de horrores, suplicios y despojos. Concedemos que en esa época, como en la nuestra, se hayan cometido muchos abusos con los indios y aun que algunas veces se hayan visto estos sujetados á servidumbre por los conquistadores; pero no debe olvidarse que al lado de los gue-

rreros españoles vinieron los misionarios á conquistar para la fe las almas por medio de la paz evangélica y á dulcificar la situación de los vencidos, y que el yugo de aquéllos no admite comparación con la degradante y humilladora esclavitud á que habían sometido al pueblo maya sus despóticos reyezuelos.

Cree asimismo el viajero francés que los salvajes hoy refugiados en los bosques del Oriente y Sur y sustraídos de la obediencia del gobierno representan la misma raza maya vencida por los españoles, la cual, después de tres siglos de servidumbre, ha pretendido recobrar su perdida independencia y reorganizarse como pueblo libre. Semejante juicio indica que no está M. Charnay perfectamente enterado de la suerte que en Yucatán han corrido los indios desde la conquista á acá: notorio es que poco á poco han ido mezclándose y asimilándose la raza

vencedora y la vencida hasta llegar á convertirse en una sola que hoy constituye la mayor parte del pueblo yucateco y que los propios rebeldes de Chan Santa Cruz y demás pueblos próximos no son, en su totalidad, mayas puros, pues hay entre ellos muchos blancos y mestizos que, huyendo de los rigores de la ley, han hallado en esos lugares un salvador asilo.

XI.—Juzga el viajero que en Valladolid no ha pasado aún de sus rudimentos el arte culinario porque no eran exquisitos, ni mucho menos, los manjares que le sirvió la señora encargada de su mesa.

Semejante juicio podrá hacer de la cocina parisiense quien sólo haya comido en una mala fonda de París.

XII.—Explicando M. Charnay la diferencia que existe entre los arruinados edificios de Ek-Balam y los de Chichén, Uxmal y otras ciudades, más antiguas pero más grandiosas y

espléndidas que aquéllas, dice que hacia el tiempo de la conquista marchaban los mayas á la decadencia "porque ya no estaban animados por el impulso civilizador" y se aventura á afirmar que "nunca fué civilizadora la raza india, que sólo fué civilizada *(y por la fuerza)* por una raza extranjera y que los monumentos esparcidos en Yucatán no pueden pertenecerle."

Carece de sólido fundamento la atrevida opinion del arqueólogo francés: para explicar la evidente inferioridad de las ciudades mayas modernas respecto de las que corresponden á épocas anteriores, no es necesario recurrir á teoría semejante y basta recordar dos hechos rigorosamente históricos y que reconoce el propio M. Charnay: la division de la península en pequeños y numerosos reinos á la caída de los poderosos imperios de Uxmal y Mayapán y la decadencia consiguiente en

que cayeron los mayas por las constantes guerras intestinas que sucedieron á aquella división y por su continuo trato con las tropas aztecas mercenarias que llamó en su auxilio el último tirano de Mayapán y que pusieron luego su residencia en el país. Multiplicados los reinos independientes y decadente el pueblo á consecuencia de las causas apuntadas, no podían los nuevos caciques construir en sus capitales edificios que compitieran en solidez y magnificencia con los que elevaran en sus cortes los antiguos reyes, cuyo poder y recursos eran incomparablemente mayores: así se comprende sin dificultad la existencia de tantos arruinados monumentos como se hallan esparcidos en la península, hermosos ciertamente y magníficos, pero inferiores á los grandiosos palacios en que residieron, durante su apogeo, los Cocom y los Tutul-Xiu.

Por otra parte, si existió en Yuca-

tán una raza extranjera civilizadora de la maya, ¿cómo es que no se tiene ni memoria de ella ni queda el menor vestigio de su idioma? ¿cómo es que al fundar sus nuevas capitales los dos representantes de las dinastías derrocadas, pusiéronles, según consigna después M. Charnay, los nombres de *Mani* (pasó ya la época de nuestra grandeza) y *T-buloon* (jugados hemos sido) [*] que son evidentemente mayas? ¿No indica claramente esta circunstancia que es la misma raza civilizada que representaban Cocom y Tutul-Xiu, la que luego cayó en el abatimiento y la decadencia?

Los hechos con su elocuencia irresistible no pueden menos que imponerse, y en el presente caso es un hecho innegable, narrado por la tra-

[*] Equivocadamente asienta el autor que *Mani* quiere decir 'juzgados hemos sido" y *T-buloon* "la época de la felicidad y de la grandeza ha pasado."

dición y reconocido por los historiadores, que no hay noticia de que en Yucatán se haya hablado otra lengua ni haya habido otra raza que la maya, ya sea ésta de origen tolteca, como sostiene el Illmo. Sr. Carrillo, ya sea de procedencia distinta, como dice Orozco y Berra. El primero asevera que "no hay memoria de que Yucatán hubiese tenido en su seno otra raza que la maya; que ésta ha hablado siempre un mismo idioma; y que según la tradición y los monumentos, aunque se ignorase el modo, ello es históricamente cierto que la población es de origen tolteca." (*) El segundo, apoyando el citado aserto, dice: "Los pobladores de Yucatán pertenecen á la misma raza etnográfica, y por esto podemos admitir la conclusión del Sr. Carrillo, que no hay memoria de que en Yucatán, hubiese habido ninguna raza diferente de la

[*] Historia Antigua de Yucatán. pág. 47.

primera, ni de que se hable en toda ella, y aún en los lugares circunvecinos, otro idioma que el maya ó yucateco. El hecho verdadero, natural y lógico, excluye las imaginaciones á que han ocurrido los autores para explicarlo." (1) Avanza más todavía el Sr. Orozco y Berra en otros pasajes de su obra ya nombrada, pues en uno coloca al pueblo maya entre las razas civilizadoras (2) y en otro la llama "pueblo antiguo, de civilización singular y muy adelantada, en su orígen, que cumplió una misteriosa evolucion para venir en seguida á retroceder al contacto de las costumbres nahoa." (3) Opinión muy diversa de la enunciada por M. Charnay.

XIII.—Dice el viajero haber hallado en Ek-Balam la *picota* (según Stephens) ó *piedra del castigo* (según

---

[1] Historia Antigua de México, tomo II, pág. 508.

[2] Op. cit. tomo. III, pág., 19.

[3] Op. cit. tomo II, pág. 546.

el propio M. Charnay) que se encuentra en Uxmal y en otras ciudades mayas. El monumento designado con tales nombres no es otra cosa, en opinión de los arqueólogos que el *Phallus* ó Falo, símbolo venerado con religioso culto por los antiguos pueblos del Asia y aún de Africa y Europa como emblema de la virilidad y de la fuerza y como representación de la virtud fecundante del sol. Stephens, que descubrió dicho monumento en su visita á Uxmal se inclina á creer que "semejante piedra tiene alguna conexión con los ritos y ceremonias de cierto culto antiguo, conocido por algunas naciones del Oriente." (*) D. Justo Sierra, el ilustrado traductor de Stephens, dice refiriéndose al descubrimiento hecho por éste:

"Hæc á Mr. Stephens inventa monumenta, nil aliud sunt quam viri pudenda pro-

---

[*] Viaje á Yucatán, traducido por D. Justo Sierra, tomo primero, página 156.

portionibus monstrosis exhibita. Hæc monumenta ex undecim Phallis constant, omnibus plus minusve fractis, undique dispersis, atque solo semiobrutis, duorum circiter vel trium pedum mensuram habentibus. Non ea, inquit Mr. Stephens, nosmetipsi reperimus neque illis hanc Phallicam naturam attribuimus: nobis autem, has regiones ante pererrantibus, hæc eadem monumenta indij ostenderunt, quodam nomine appellantes, lingua ipsorum eamdem vim habente, ac supra dedimus. Quibus auditis, hæc Phallicæ religionis; his etiam in terris, vestigia putanda esse tunc primum judicavimus. Monumenta attamen de quibus hucusque locuti sumus, non, ut bené sciunt eruditi, libidinem denotant, sed potius quod memoria dignissimum, nostra etiam continente vis genitalis cultum, omnibus penè antiquis Europæ, Asiæque nationibus communem, per symbola nota olim viguisse. Quam autem cognationem hic Phallorum cultus his populis cum Americæ aboriginibus indicare videatur, non nostrum est, qui visa tantum vel audita litteris mandamus, his paginis exponere." (*)

[*] Op. cit., ibid.

Al mismo símbolo se refiere el siguiente pasaje del Abate Brasseur, citado por el Illmo. Sr. Carrillo en su *Historia Antigua de Yucatán* y que de ésta copiamos: "El dios que adoraban (los indios) como autor de la generación universal y de la germinación, el productor por excelencia, el dispensador de los bienes de la tierra, y por consiguiente de las lluvias fecundantes, representado bajo tan diversos símbolos, se encuentra por todas partes en Uxmal, bajo la forma del *Phalus*, símbolo de la fertilidad: se le ve en una multitud de edificios, y el palacio que está en el fondo del patio de las vestales, lo presenta en una variedad de posturas, de las que, sin embargo, ninguna es obscena." (*)

XIV.—Se empeña el autor en demostrar que las ciudades mayas son

---

[*] Brasseur. *Informe acerca de las ruinas de Mayapan y Uxmal.*

en su mayor parte modernas y existían al tiempo de la conquista. No hay quien ponga en duda tal afirmación, aceptada por arqueólogos é historiadores; mas no es por eso menos cierto que aparte de las ciudades nuevas, bellas y numerosas, que había en la península á la llegada de los españoles, encontraron éstos también las soberbias ruinas de otras más hermosas ciudades, construídas en la era del esplendor por los antiguos mayas, ya habitadas como las de Izamal y T-hó, ya abandonadas y solitarias como las de Uxmal y Chichén-Itzá. Precisamente en los grandes edificios de esta última ciudad, que halló desiertos, fué donde acampó Montejo, después de la victoria alcanzada en Aké sobre los indios, con el objeto de ponerse al abrigo de las flechas enemigas y de poder iniciar desde allí sus trabajos de pacificación.

Y aquí me parece oportuno recor-

dar que el Illmo. Sr. Landa escribió en 1566, siguiéndose de una tradición conservada por los indios, que hacía ya entonces ciento veinte y cinco años que había sido destruida la ciudad de Mayapán. (*) Además, el M S. maya traducido y anotado por el Sr. D. Juan Pío Pérez refiere, según la interpretación de este inteligente arqueólogo yucateco, que la destrucción de Chichén-Itzá tuvo lugar en el año 1292 de la era cristiana, dos siglos y medio antes del descubrimiento de la península; Orozco y Berra deduce del propio manuscrito que "Chichen quedó destruído á principios del siglo XI (**)" y el Illmo. Sr. Carrillo cree que este suceso se verificó poco tiempo antes de la fecha indicada por el citado Sr. Pérez. (***)

(*) Relación de las cosas de Yucatán, pág. 62.

[**] Historia Antigua de México, tomo II, pág. 428.

[***] Historia Antigua de Yucatán páginas 398 y 399.

XV.—Expresa M. Charnay su parecer de que el pez á que se da en Yucatán y Campeche el nombre de *cazón* no es más que la joven descendencia del tiburón común y del tiburón martillo. Se nos dice que los pescadores campechanos no lo creen así y aseguran que es el cazón una especie particular, diferente del tiburón, el cual no se come ni aun siendo tierno. Por otra parte, sabemos que algún marino de Progreso afirma que efectivamente es el tiburón tierno el pez conocido con el nombre de cazón y que este mismo, cuando está más crecido, deja de llamarse así para ser denominado *jaquetón*.

Liga tal semejanza á todas las especies de la familia de los escualos á que pertenece el tiburón, que es verdaderamente difícil señalar de una manera exacta el límite que separa una especie de otra, hasta el grado de que los mismos naturalis-

tas incurren frecuentemente en errores y contradicciones, confundiendo unos escualos con otros. Así, mientras el Conde de Lacepède,(*) y otros autores no mientan siquiera especie alguna de peces designada con el nombre de cazón, otros como D. José Cornides (**), enumeran entre las correspondientes al género *squalus*, una llamada cazón y diferente del tiburón, que es el tipo ó modelo de toda la familia.

Admitida la distinción que establece este último autor, confirmada por la Academia Española de la Lengua, que menciona en su Diccionario como peces diversos el cazón y el tiburón, empeño no fácil es decidir á cuál de las dos especies corresponde el escualo que recibe aquel

(*) *Historia natural de los cetáceos* y *de los peces*, inserta en las Obras de Buffon.

(**) Ensayo sobre una historia de los peces etc. Véase el Apéndice á la obra *Los Tres Reinos de la Naturaleza*, por D José Monlau, Tomo V.

nombre de yucatecos y campechanos. Atendiendo, sin embargo, á los informes que hemos recibido, nos inclinamos á creer que dicho pez es realmente el tiburón tierno, pues llega, dicen, á tener las grandes dimensiones, la voracidad y la fiereza que son propias del tiburón común; además, el pellejo del cazón, según las definiciones de las dos obras citadas, es duro y áspero como la lija y se emplea en los mismos usos, en tanto que la piel del pez en cuestión es suave y dista mucho de tener tal aspereza.

XVI.—Existe en Chichén-Itzá un extraño monumento que llamó mucho la atención de Stephens, pareciéndole incomprensible su objeto y que consiste en "grupos de pequeñas columnas que se alzaban en hileras de tres, cuatro ó cinco de frente, prosiguiendo en una dirección hasta cambiar en otra; de pequeña altura, algunas sólo medían tres piés, mientras las mayores subían á seis, com-

poniéndose de varias piezas separadas como las piedras miliarias. En algunas partes se extienden hasta la base de unos grandes túmulos, en los cuales se ven restos de construcciones y fragmentos colosales de escultura, mientras en otras partes se interrumpen de un modo repentino... Son tan pequeñas estas columnas, que no pueden haber sostenido un edificio en que un hombre pudiera moverse, y aunque se presenta la idea de que hubieran servido para soportar una calzada, no se encuentra en ellas el menor vestigio." [*] Haciendo referencia al citado monumento, asienta M. Charnay que "en otro tiempo, esas hileras de columnas debieron estar cubiertas de una armazón de madera y de un techo de paja y que el monumento debía constituir el mercado de Chichén," opi-

(*) Incidents of travel to Yucatan, tomo II, capítulo XVII. La traducción de este pasaje pertenece á Orozco y Berra.

nión que juzga confirmada por algunas palabras de Oviedo relativas á un inmenso mercado que halló en la ciudad de Cachi; y añade el arquéologo francés que, después de Stephens, nadie se ha ocupado en dicho monumento.

No conoce, sin duda, M. Charnay la teoría siguiente, acaso más probable que la suya, expuesta por D. Manuel Orozco y Berra en su obra ya varias veces citada. Llaman *menhir* los anticuarios europeos á un monolito groseramente labrado y puesto en posición vertical al lado de una tumba y *crómlech* al sepulcro megalítico rodeado por una ó más hileras de *menhir*. Pues bien: al Sr. Orozco y Berra le parece "evidente la presencia del Menhir y aun del Cromlech" de los celtas en algunas grandes piedras, rudas y groseras, sin caracteres ni labores, y ligeramente inclinadas (menhir) que descubrió Stephens en las ruinas de

Sihó (nosotros las hemos visto hace poco), en el ya descrito monumento de Chichén (crómlech) y en otro análogo que vió el mismo Stephens en las ruinas de Aké, compuesto de 36 columnas colocadas en tres líneas paralelas de á tres, y que no presentaban tampoco vestigios de construcción ó de techo. "No pretendemos, dice luego, penetrar el misterio; pero piedras rústicas, columnas de piezas como las miliarias, columnas en alineamientos, recuerdan los Crómlech europeos, y no estando destinadas á sostener un edificio, podemos admitir siquiera sea como hipótesis, que eran recintos sagrados, en los cuales se practicaban los ritos de una religion desconocida." [*]

Ninguna de las dos teorías reune en su favor pruebas capaces de producir en el ánimo evidencia, como parece creerlo M. Charnay y como

(*) Hist. Ant., tom. II, pág. 394.

indica al principio el Sr. Orozco y Berra, aunque limita más tarde el alcance de sus palabras precedentes: ambas carecen de fundamento bastante sólido para que pueda considerárseles como ciertas y tan sólo alcanzan el rango de hipótesis más ó menos probables.

XVII.—Se pregunta M. Charnay con qué objeto pudo haberse construído el tranvía que le condujo de Pomuch á Tenabo (poblaciones del vecino Estado), pues en él no vió el menor movimiento de carga y encontró tan escaso el de pasajeros que sólo tuvo dos compañeros de viaje.

El tranvía á que alude el ilustrado viajador no es sino un tramo de la vía férrea de Campeche á Calkiní, que, por estar aún aislado, carecía entonces de importancia y en el cual por este motivo no se empleaban todavía máquinas de vapor; hoy dicho tramo está ya ligado con el resto del ferrocarril, pues la parte que faltaba, de

Vista Alegre á Tenabo, quedó terminada y se inauguró solemnemente en Julio del actual año.

XVIII.—Asevera el viajero francés que la isla de Jaina debió ser un lugar santo á donde concurrían peregrinos de todas las comarcas próximas, porque posee cuatro grandes pirámides y ocho pequeñas, bases de otros tantos templos ó palacios; cree que es dicho santuario uno de los más antiguos, fundado en que los historiadores que hablan de Izamal, Chichén y Cozumel por orden de fechas, nada dicen de aquél; explica tal silencio añadiendo que Jaina fué sin duda olvidado por más modernos santuarios, pues los lugares sagrados, según M. Charnay, están sujetos al imperio de la voluble moda, y pone por ejemplo de esta última aseveración que Notre Dame de Lourdes ha eclipsado la fama del Mont Saint Michel como este eclipsó antes la de Saint Martin de Tours.

Un poco aventurados son, á nuestro humilde juicio, los precedentes asertos y algo endebles los razonamientos en que se basan. La sola existencia en Jaina de varias pirámides (cuyas dimensiones calla el autor) no autoriza á pensar que fué la isla, á semejanza de Cozumel, un lugar santo al cual solían ir en piadosa romería los habitantes de las regiones próximas, pues sabido es que los mayas, como la mayor parte de los pueblos antiguos, empleaban á menudo la forma piramidal ó cónica en sus diferentes construcciones: Uxmal, Mayapán y casi todas las ciudades que ofrecen hoy á nuestros admirados ojos las soberbias reliquias del antiguo arte maya, ostentan en su recinto numerosas pirámides, aisladas unas veces y lisas, otras mostrando en su elevada cima las ruinas de suntuosos edificios, morada ayer de sus dioses, de sus sacerdotes ó de sus príncipes. A haber sido Jaina, co-

mo se quiere, un lugar santo que atraía á su seno gran número de peregrinos, hubiéranse construído seguramente para éstos sólidas calzadas que terminaran en el sitio del continente más inmediato á la isla, y cuyos vestigios hubieran hallado los viajeros como han descubierto los de aquellos que atravesando en varias direcciones el suelo de la península, conducían, ya al pozo sagrado de Chichén, ya á los monumentales templos de Izamal, ya al célebre santuario de Cozumel.

Por otra parte, ¿es lógico deducir del silencio que guardan los historiadores sobre el pretendido santuario, término de religiosas peregrinaciones, su extraordinaria antigüedad, más aún, su precedencia á los de Izamal, reputados hasta ahora como los primitivos de Yucatán? Otro concluiría de allí que si hubo en Jaina (lo cual es muy posible) templos notables, no llegaron jamás

á alcanzar la importancia y notoriedad que se les quiere atribuir.

En cuanto á que sean cuestión de moda ó de manía los lugares sagrados, aserto dirigido contra las prácticas católicas á juzgar por los ejemplos que cita M. Charnay, observaremos para mostrar su falsedad: 1º que no han sido olvidados como se pretende, los santuarios de Saint Martin y Saint Michel, cuya fama, á nuestro entender, ha sido siempre meramente local; 2º que si ha eclipsado su renombre el de Notre Dame de Lourdes, no puede ocultarse á pensador alguno que esto se debe no á la relativa modernidad de este santuario, sino á su mayor importancia en la Iglesia. ¿No es justo y natural que rindan los católicos más profunda veneración que á los santos, á la excelsa Madre de Dios?

En cambio, antiquísimo es el fervor con que se veneran los Santos Lugares y no ha sufrido mengua en

diez y nueve siglos; y para no ir tan lejos, tenemos en nuestra patria el nacional santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, mirado desde ha tres centurias con devoción extraordinaria y que prodigiosamente crece con el trascurso de los años. Y callamos sobre el español de Compostela y otros tan antiguos como venerados aún en nuestros días.

XIX.—En Jaina, al decir de M. Charnay, recibe el nombre de *pibi-cochinita* la barbacoa hecha de manatí. Impropiamente es llamado así dicho manjar, pues el tal vocablo (no castizo por cierto, pues se compone de la voz maya *pibil* y de la española *cochinita)* es un provincialismo que se emplea en Yucatán únicamente para designar la barbacoa de puerco.

XX.—Pretende M. Charnay descubrir en los indios la "tendencia universal, puede decirse, que en todos los países y aun entre la razas

más creyentes, inclina á los artistas populares á caricaturar á las clases religiosas."

No creemos que sea común á los artistas populares de todos los países ni de todas las épocas la tendencia á que se refiere el escritor francés; ni vale citar para demostrarlo algunos ejemplos, pues no es lógico, según las reglas aristotélicas, deducir de proposiciones particulares una conclusión general. Raciocinio semejante podemos aplicar á los artistas mayas. Por otra parte, si és y ha sido objeto de caricaturas la clase sacerdotal, no vemos en este hecho una tendencia especial de los artistas (si tal título merecen) contra dicha clase, sino un efecto singular de la general tendencia que entre los que se dedican á la caricatura existe, de ridiculizar á los individuos ó clases que por algún modo se elevan sobre los demás, sean políticos ó militares, sacerdotes ó literatos, etc.

Por lo que toca á la pequeña estatua que dió lugar á la conjetura de M. Charnay, nos parece que puede ser, como éste piensa, caricatura de un sacerdote, á juzgar por el cuchillo de sacrificio que junto á ella encontró, por sus largos cabellos mezclados con sangre coagulada, por su traje talar y por sus facciones exageradas. Pero en ese caso es muy probable que en la caricatura se haya querido representar á un sacerdote-verdugo ó *Nacón*, porque los de esta clase, según Landa (1) y Cogolludo (2), llevaban siempre, como los otros, desgreñada la luenga cabellera y manchada con la sangre de las víctimas, y eran, por su vil ministerio, mirados con desprecio por los mayas.

(1) Relación etc., § XXVII.

(2) Hist. de Yuc., lib. IV., cap. VII.

En la página 120 se suprimió por un descuido el siguiente párrafo que debió insertarse después del primero:

"El lado norte de la plaza linda en toda su longitud con una pirámide que no hice despejar por no haber descubierto en ella más que montones de ruinas. Al recorrer los terraplenes que ligan esta pirámide con la oriental, caí en varias cisternas que hallé en buen estado y casi llenas de escombros; una de ellas completamente nueva y con su tapa de piedra. Estas cisternas, en forma de garrafas encorvadas, son imitación de las que poseen Uxmal y otras ciudades yucatecas, y debían servir para recoger el agua de lluvia que venía de las explanadas y de las pirámides."

ENMIENDAS Y ERRATAS NOTABLES.

Pág.	Lín.	Dice:	Debe decir:
13	18	habiendo	y aun ha
17	25	tajada	tallada
20	19	ellas	ello
»	20	este	dicho
24	21	venerable	Venerable
27	13	cuyo número fija Landa en	que, según Landa, son
29	13	del	con el
45	14	traído	tomado
54	16	simbólica	figurativa
52	10	así mismo	asimismo
60	8	coronadas	coronados
69	4	el techo	la azotea
75	2	diez y ocho	diez y nueve
103	20	una revancha	un desquite
104	1	La revancha.	El desquite.
112	12	sirviesen	servían
116	11	decepción	desengaño
»	24	por las	las
126	24	*Machi*	*Mochi*
156	13	de martillo	martillo
165	24	conquista	conquista tolteca
168	15	urnas de las	cántaros de los
177	21	manatís	manatíes

GETTY RESEARCH INSTITUTE
3 3125 01069 8682